SUMARIO

ESTUDIOS

- **Aprendiendo de los refugiados: el trabajo del Servicio Jesuita a Refugiados**
  Lluís MAGRIÑÀ, SJ 357
- **Construir la paz y ser portadores de esperanza. 25 años aprendiendo de los refugiados.**
  Mark RAPER, SJ 369
- **¿Quién va a reparar el sendero?**
  José Ignacio GARCÍA JIMÉNEZ, SJ 381
- **Ni refugiados ni encastillados. Llamados a ser Nómadas del Espíritu.**
  Patxi ÁLVAREZ DE LOS MOZOS, SJ 393

RINCÓN DE LA SOLIDARIDAD

- **Invertir en desarrollo. Un plan práctico para alcanzar los Objetivos de Desarrollo del Milenio.**
  Miguel GONZÁLEZ MARTÍN (de «Alboan») 407

LOS NOMBRES DE DIOS

- **5. El Dios Goel.**
  Ángel CORDOVILLA 411

LOS LIBROS

- **Recensiones** 423

PRESENTACIÓN

REFUGIADOS

Se está cumpliendo este año el 25 aniversario de la creación del Servicio Jesuita a Refugiados (JRS, del inglés *Jesuit Refugee Service*), cuyo nacimiento e inspiración se deben al inolvidable y siempre recordado Pedro Arrupe, General de los Jesuitas durante más de una década.

Unos días antes de sufrir la dolorosa enfermedad que le acompañó en los últimos años de su vida, el P. Arrupe se reunió en Bangkok con los jesuitas que trabajaban con refugiados en aquella zona del universo. Allí entonó lo que muchos llaman su «canto de cisne»; allí les manifestó su felicidad por haber llegado a la convicción de que el trabajo con refugiados, y más en concreto el acompañar, servir y defender los derechos de los refugiados, característica principal del JRS, podía suponer una auténtica escuela de aprendizaje de nuevas posibilidades de vida.

Han pasado ya más de dos décadas desde la fundación del JRS; sin embargo, la vida con los refugiados sigue siendo una verdadera escuela de aprendizaje para muchos hombres y mujeres de nuestro recién comenzado milenio. Cuatro de ellos escriben los artículos que conforman este número de *Sal Terrae,* que dedicamos sincera y agradecidamente a tantos refugiados anónimos. En todas las colaboraciones aparece claramente reflejada esa convicción tan perenne y a la vez tan actual de Pedro Arrupe.

Lluis Magriñà, actual director del JRS en Roma (<http://www.jesref.org>; la persona de contacto en España es Nacho Eguizábal: <i.eguizabal@albo an.org>), describe la realidad de los refugiados en nuestro mundo actual y ofrece una serie de datos acerca de los actuales conflictos, las zonas «calientes» del globo, que han provocado un mayor número de refugiados. Igualmente, una reflexión sobre las causas de la existencia de refugiados y el impacto que genera en sus vidas el hecho de vivir desplazados durante tanto tiempo. A ello acompaña una primera referencia al espíritu y la mística del JRS.

Una mística y un espíritu que recoge, desarrolla y amplía *Mark Raper,* que ha dedicado dos décadas de su vida al JRS. A través de diversos relatos, vividos y conocidos en persona, invita al lector a entrar en contacto con la experiencia de las personas que han vivido o viven como refugiados. Y, como refleja un proverbio por él citado, se trata ante todo de una experiencia basada en la esperanza, una esperanza que no sólo alcanza a los propios refugiados, sino que llega, a través de ellos, a muchas de las personas que intentan acompañar su largo, difícil y empinado sendero.

Bienaventurados los que reconstruyen los senderos. Así finaliza el artículo de *José Ignacio García,* que durante dos años convivió con refugiados en Malawi-Mozambique. Todo él está atravesado por la convicción de que el trabajo con refugiados, aquellos que «muestran el valor no mensurable de la vida, de esa vida presente que se proyecta hacia el futuro», puede cambiar nuestra vida. Como el mismo autor señala en su vital y testimonial artículo, «el trabajo cotidiano con refugiados, ver lo que ellos ven, sudar del mismo calor, beber del mismo agua, no te hace uno de ellos, pero sí te ayuda a mirar como ellos miran, a intuir lo que ellos sienten, a soñar lo que ellos sueñan. No tiene nada de extraordinario, salvo lo extraordinario que es la vida».

Esa vida tan extraordinaria está marcada por el contraste entre los refugiados, sin techo, sin hogar, y los que tienen techo y casa, nación y lugar, raíces. Lo contrario del refugiado/víctima no ha de ser el asentado/seguro y protegido, sino el que acoge una buena dosis de intemperie, de desposesión y de incertidumbre. La experiencia del refugiado habla de la urgencia de salir a los caminos, en lugar de vivir enclaustrados en fortalezas (patria, nación, etnia, cultura). De manera especial a los cristianos, llamados a romper las fronteras humanas y a vivir como nómadas del espíritu. Éste es el enfoque del artículo de *Patxi Álvarez,* escrito igualmente desde esa rica experiencia que proporciona el haber acompañado a refugiados durante largos meses de su vida.

ST 93 (2005) 357-367

ESTUDIOS

Aprendiendo de los refugiados.
El trabajo del Servicio Jesuita a Refugiados

Lluís MAGRIÑÀ, SJ*

> «¿Qué haces por los refugiados? Comparto su dolor y su nostalgia, su esperanza alegre, creo en ellos, incluso en los ladrones y mentirosos. El resto es incidental... No puedo entrar totalmente en las mentes y los corazones de los refugiados que acompaño. Pero puedo, y es lo que hago, aprender de ellos. Cada campo de refugiados es único. Y en cada campo encuentro los valores humanos más sublimes y la inhumanidad más vil. La armonía y la crueldad crecen juntas, y los que intentamos servir a los refugiados debemos aprender a esperar con esperanza la cosecha».
>
> (Bill YEOMANS, SJ, *La Experiencia del Refugiado,* 1989).

El Servicio Jesuita a Refugiados (*Jesuit Refugee Service* = JRS)[1] fue fundado hace 25 años por el entonces Padre General de los jesuitas, Pedro Arrupe, en respuesta al sufrimiento de los «boat people» vietnamitas, que huían de la guerra de Vietnam en barca, en busca de un lugar seguro. Arrupe hizo un llamamiento de ayuda a los provinciales jesuitas y a los superiores generales de veinte congregaciones religiosas. La respuesta tan radical que recibió le empujó a fundar el JRS el 14 de noviembre de 1980.

Hoy día, el JRS está presente en más de 50 países, con un equipo de unas 600 personas: jesuitas, religiosos y religiosas de otras congregaciones y laicos, además de los miles de colaboradores refugiados y

---

* Director del Servicio Jesuita a Refugiados. Roma.

1. Puede consultarse <www.jesref.org>.

desplazados. Aunque es una iniciativa modesta, pretende ofrecer una dimensión especial en el trabajo con los refugiados.

Los inicios

Durante la Segunda Guerra Mundial, Pedro Arrupe vivió en Hiroshima, a unos pocos kilómetros del epicentro de la bomba atómica. Su residencia estaba protegida por una pequeña colina, y tras el estallido de la bomba pudo ser de los primeros en organizar la asistencia en favor de las víctimas. Ésta fue una experiencia definitiva para él.

El P. Arrupe solía relacionar el problema de los refugiados con la bomba atómica, que no sólo causó estragos entre los objetivos y las víctimas inmediatos, sino que sacudió los corazones y la imaginación del mundo entero. Urgió entonces al JRS a trabajar no sólo por las víctimas, sino también por la percepción del fenómeno de los refugiados en el mundo entero, ya que todos estamos tocados y heridos por esta inmensa masa de sufrimiento humano.

El 6 de agosto de 1981, mientras estaba en Bangkok con miembros del JRS, dio su última charla como Padre General de los jesuitas, ya que a la mañana siguiente, al llegar al aeropuerto de Roma, sufrió un derrame cerebral. Fue su último día de trabajo como General de la Compañía de Jesús.

En Tailandia, a través de su carta fundacional del JRS, Arrupe puso mucho énfasis en el modo en que deberíamos servir a los refugiados. Insistía en que debemos «estar con», más que «hacer por». Ello, según él, tendría un impacto en los individuos implicados en el trabajo, y también en toda la Compañía de Jesús. Estaba convencido de que acompañando a los refugiados la percepción sobre muchas cosas cambiaría.

Para el JRS, estar presente con los refugiados quiere decir compartir, acompañar, caminar junto a ellos en el mismo camino. Según una declaración escrita en los años 80, *«a ser posible, queremos sentir lo que los refugiados han sentido, sufrir como han sufrido, compartir sus mismas esperanzas y expectativas, ver el mundo a través de sus ojos. Querríamos ser uno con los refugiados y los desplazados para, juntos, empezar a buscar una vida nueva».*

Estos ideales iniciales han sido importantes para definir la identidad del JRS, basada en una presencia personal y pastoral, donde se promueve la reflexión sobre las vidas de los refugiados.

En 1995, la misión de JRS fue reformulada: «El Servicio Jesuita a Refugiados acompaña a muchos de estos hermanos nuestros, sirviéndolos como compañeros y defendiendo su causa en un mundo insolidario».

En 1980 había seis millones de refugiados en el mundo, y otros cuatro o cinco millones de desplazados internos. En 2004, el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) estimó que hay unos 50 millones de personas forzosamente desplazadas. Esta cifra incluye a refugiados, retornados, solicitantes de asilo y a unos 30 millones de desplazados internos.

El aumento en las cifras de la población global refugiada muestra los cambios en las tendencias políticas y sociales de los últimos años. El trabajo inicial del JRS se desarrolló en un contexto distinto del actual. Hasta 1989, los refugiados se enmarcaban dentro de un contexto de Guerra Fría. Pero desde la caída del Muro de Berlín en 1989, los señores de la guerra explotan las identidades étnicas y religiosas para alimentar sus luchas armadas. Las naciones desarrolladas muestran menos interés en los conflictos locales, que han dado lugar al colapso de la sociedad civil, a una violencia endémica y a altos niveles de pobreza. El noventa por ciento de las víctimas de los conflictos de hoy son civiles. El resultado frecuente de los conflictos es un desplazamiento masivo de población, violaciones de derechos humanos, hambre e inseguridad.

Hacia una definición más amplia de *refugiado*

La oficina de ACNUR fue establecida en diciembre de 1950. Seis meses más tarde, en julio de 1951, se elaboró la Convención relativa al Estatuto de Refugiado. Tanto ACNUR como la Convención de 1951 han sido los pilares de la protección internacional de los refugiados desde entonces. Un total de 137 países son firmantes de la Convención y/o de su Protocolo de 1967.

La definición que da la ONU de *refugiado* es muy precisa y se refiere a aquellos que han abandonado su país con un temor fundado de persecución. Más tarde se elaboraron otras definiciones más amplias a nivel regional, en África (OAU, 1969) y América Latina (OAS, 1984), que describieron la realidad del desplazamiento masivo de población en esos continentes.

El documento «Refugiados: un reto a la Solidaridad» recoge el pensamiento social de la iglesia a este respecto. Se acepta la expresión «refugiado de facto», que incluye a todas aquellas *«personas perseguidas por su raza, religión, pertenencia a un grupo social determinado, o pertenencia a grupos sociales o políticos; a las víctimas de conflictos armados, políticas económicas erróneas o desastres naturales; y, por razones humanitarias, a los desplazados internos, es decir, a los*

civiles que han huido de sus hogares por las mismas razones que los refugiados, pero que no han cruzado la frontera de su país».

La contribución del JRS

Toda región del mundo está hoy afectada por el problema del desplazamiento forzoso. Generaciones enteras en África, Oriente Medio, Asia, América o Europa no han conocido más vida que la de un campo de refugiados. Gracias a la educación, los niños tienen una ventana abierta hacia el futuro. Los adultos, sin embargo, pierden sus responsabilidades, sus conocimientos y experiencias, ya que no hay mercado de trabajo en los campos de refugiados, y los países de acogida, generalmente pobres a su vez, no pueden integrarlos en su frágil mercado laboral. Las comunidades se hacen dependientes de la ayuda humanitaria, y las culturas se atrofian durante el exilio. Estas generaciones perdidas se quedan en un limbo social, legal y político, a menudo ignorado por la comunidad internacional, o a veces manipulado por los medios de comunicación.

El JRS se define como una organización internacional católica y ofrece a otras comunidades cristianas la posibilidad de participar en una respuesta al problema del desplazamiento masivo de población. Las actividades del JRS varían de un país a otro, pero la misión es siempre la misma: acompañar, servir y defender los derechos de los refugiados. Los servicios que ofrecemos incluyen asistencia directa en campos de refugiados, en centros de detención de inmigrantes, en zonas urbanas o en campos de desplazados internos. El trabajo se centra principalmente en la educación, ya que creemos que la enseñanza –tanto formal como no formal– abre una puerta al futuro. Los equipos del JRS también trabajan en asistencia médica, pastoral, actividades generadoras de ingresos, asistencia psico-social a vulnerables, niños de la guerra o víctimas de minas antipersona. En muchos casos, ofrecemos también una acogida básica y práctica, es decir, comida, alojamiento u orientación laboral.

Una parte importante del trabajo consiste en defender los derechos de los refugiados a varios niveles: en los mismos campos de refugiados, a nivel nacional o en los foros internacionales. El componente de defensa de los derechos es parte de la misión del JRS. Desde Ginebra, Washington o Bruselas, trabajadores del JRS llevan la voz de los refugiados a las reuniones en que se deciden las políticas que les afectan.

A continuación damos dos ejemplos de dos sectores en los que el JRS tiene experiencia : la educación y el acompañamiento a los refugiados que regresan a su país o zona de origen.

Los jóvenes refugiados y la importancia de la educación

Cuando comienza un conflicto armado, la educación de los jóvenes se interrumpe, llegando en ocasiones a negar a toda una generación este derecho básico. El JRS considera que la educación ha de ser parte central de toda asistencia humanitaria, junto con el derecho a la comida, a la vivienda y a la sanidad. La educación ofrece esperanza a los refugiados, una esperanza de que hay futuro para ellos y para sus hijos. La educación desempeña un papel fundamental en la promoción de la paz, la justicia y la reconciliación: las escuelas son centros de socialización que proporcionan a los refugiados los instrumentos necesarios para vivir en comunidad. Es una fuerza de integración y de estabilidad en la sociedad, donde los refugiados pueden aprender a desarrollar su personalidad. Sin educación, la gente joven se siente perdida en su identidad y se ve mermada en sus posibilidades de futuro. Por tanto, es fundamental que la educación se considere de vital importancia y parte integral de la asistencia de emergencia a los refugiados y desplazados internos.

Los refugiados jóvenes también se enfrentan a peligros relacionados con el contexto del conflicto. Muchas veces se ven separados de sus familias o traumatizados por la pérdida de seres queridos. Pueden verse expuestos a explotación, abuso y violencia sexual, que dejan cicatrices difíciles de curar. El reclutamiento en grupos armados o trabajos forzados son otros riesgos a que los jóvenes están expuestos, a pesar de los Tratados Internacionales y convenciones que prohíben estas prácticas. El JRS es uno de los miembros fundadores de la «Coalición para Prohibir el Uso de Niños Soldados», un movimiento cuyo objetivo es atraer la atención internacional sobre los más de 300.000 jóvenes que actualmente participan de forma activa en conflictos armados.

El coste de tales abusos es muy alto. ¿Qué futuro tiene una sociedad o una nación cuyos jóvenes han sido dañados profundamente por la guerra y el desplazamiento? ¿Qué oportunidades de desarrollo tiene una comunidad cuyos jóvenes no tienen educación?

El mandato del Servicio Jesuita a Refugiados es proteger de estos abusos a los refugiados más jóvenes y ayudarles a conseguir sus derechos básicos, como la educación o la salud, durante su tiempo en el exilio. También se les da la oportunidad de acceder a actividades alternativas, como la formación profesional, o actividades generadoras de ingresos, de modo que puedan tener un futuro más esperanzador.

Retorno y reintegración

Otra actividad en la que el JRS tiene experiencia es la del acompañamiento de los refugiados de vuelta a casa, tanto en la fase preparatoria como durante su retorno y reintegración. Cuando vuelven a sus casas, ya no son refugiados, pero pueden seguir estando desplazados y necesitar protección. Los retornos en situaciones de post-conflicto, y la rehabilitación y reconstrucción en tiempos de una frágil paz, requieren tiempo, experiencia, voluntad política, apoyo financiero sólido y considerables recursos humanos. En estos años pasados se han dado repatriaciones como las de Namibia, Etiopía, El Salvador, Guatemala, Camboya, Mozambique, Ruanda, Kosovo o Timor Lorosae. Actualmente, la repatriación más importante se está llevando a cabo en Angola, tras el alto el fuego de abril de 2002, después de treinta años de conflicto. En la región de África Meridional hay cientos de miles de refugiados angoleños, muchos de los cuales están regresando a casa después de décadas de exilio. Después de cualquier conflicto, es largo y laborioso el proceso de una reintegración con éxito. Los sistemas educativos y legales han de reconstruirse, a veces desde cero; el acceso a la tierra y la construcción de las casas constituye todo un reto; y ha de crearse un mercado de trabajo para promover el desarrollo y evitar la criminalidad. El trabajo más profundo –la reconciliación y la construcción de la paz– dura décadas y sólo empieza cuando el luto desaparece.

Geografía de los refugiados

A lo largo de los años, nuestro compromiso ha sido definido por las necesidades de los propios refugiados. Por ejemplo, en 1980, el recién creado JRS asistía en Roma a los desplazados de guerra de Etiopía y Somalia. Hoy, el JRS continúa asistiendo cada día a unos 300 refugiados en Roma, en su mayoría procedentes del Oriente Medio.

En el Pacífico asiático, tras el empeoramiento de la situación de los «boat people» vietnamitas, se extendieron actividades en Tailandia, Malasia, Hong Kong, Indonesia y Filipinas. Otros programas comenzaron en Camboya, sobre todo con personas afectadas por accidentes causados por las minas anti-persona.

Hoy, el JRS continúa trabajando en Tailandia, con los refugiados birmanos así como con solicitantes de asilo de otras muchas nacionalidades. En Indonesia, el JRS asiste a las poblaciones desplazadas por la violencia interna, también ahora azotadas por los efectos del tsunami.

En el Sur de Asia, el JRS está al servicio de los refugiados de Bhután en Nepal, desde hace muchos años, así como junto a los refugiados tamiles de Sri Lanka en el sur de la India, y con desplazados internos tamiles en el norte y este de la misma Sri Lanka.

En América Latina, el JRS asistió a los refugiados salvadoreños durante los años ochenta. Voluntarios del JRS acompañaron a los refugiados guatemaltecos en México durante varios años. Actualmente, el JRS trabaja en Colombia junto a los desplazados internos, y con los refugiados colombianos en Ecuador, Venezuela, Panamá y Costa Rica. En República Dominicana, el JRS defiende los derechos de los inmigrantes haitianos. En Norte América, el JRS trabaja en la defensa de los derechos de los solicitantes de asilo, frecuentemente detenidos en centros de inmigrantes.

En Europa, el desplazamiento masivo de población en Croacia, Bosnia, Albania, Kosovo y Serbia dio lugar al desarrollo de proyectos, que aún continúan en Bosnia, Croacia, Serbia, Montenegro, Kosovo y Macedonia. Mientras, en Europa occidental el JRS combina, por una parte, el contacto personal con los refugiados y solicitantes de asilo y, por otra, diversas actividades de presión política para asegurar políticas de asilo justas a nivel europeo.

El continente africano

Hoy día, África es el continente con mayor número de desplazados forzosos. Según los últimos datos proporcionados por ACNUR, casi la mitad de la población mundial refugiada y desplazada (unos 25 millones de personas) se encuentra en África.

Una de las primeras actividades del JRS en África tuvo lugar en Etiopía, proporcionando ayuda a miles de desplazados internos, refugiados y retornados.

En África Meridional, el JRS acompañó a los refugiados de Mozambique en Malawi desde 1987, y ayudó a reconstruir escuelas y comunidades en Mozambique para facilitar su regreso a casa.

Una característica de los años noventa fue la rapidez con la los Estados colapsaron o se dividieron. Esto ha traído consecuencias negativas en cuanto al establecimiento de fronteras: muchas personas se han convertido en apátridas o han quedado desprotegidas o forzadas a cruzar a otro país por causa de los diferentes conflictos. A finales de dicha década, alrededor de la mitad de los países en África y un 20%

de su población total estaban directamente afectados por el conflicto. Los estados que han colapsado, como Liberia, Somalia, Sierra Leona o la República Democrática del Congo, crearon las bases para una inseguridad regional que aún hoy existe. Los países vecinos reaccionan a ello defendiéndose.

Afortunadamente, las guerras convencionales, como la que tuvo lugar entre Eritrea y Etiopía, en la que se utilizaban modernos aviones y artillería pesada, son demasiado costosas para los países pobres, que carecen del apoyo aliado existente en eras pasadas. Pero algunos ejércitos, rebeldes o gubernamentales, como en Liberia o la República Democrática del Congo, son capaces de financiar sus guerras mediante saqueos y oscuros negocios de recursos minerales.

En África existen países que causan refugiados y países que dan acogida a refugiados.

Los conflictos políticos y étnicos en la región de los Grandes Lagos, que incluye Burundi, Ruanda, República Democrática de Congo y Congo Brazzaville, han dado lugar a millones de refugiados en la última década.

El «Cuerno de África» también ha sido testigo de conflictos armados continuos que han provocado la huída de millones de personas en busca de un lugar seguro. Hoy hay cerca de un millón de refugiados en Tanzania, la mitad de los cuales viven en campos de refugiados. En Uganda hay 700.000 refugiados y desplazados internos. Medio millón de ugandeses viven en el norte de Uganda en poblados protegidos. Existe una inestabilidad a largo plazo con la presencia del grupo rebelde Ejército de resistencia del Señor (LRA).

El conflicto en el sur de Sudán ha desplazado a más de cuatro millones de personas.

En África Meridional, Angola se encuentra ante una frágil paz, tras una guerra alimentada por la riqueza mineral existente en el país. Millones de angoleños están regresando de Zambia, Namibia, Congo y una multitud de países.

En África Occidental, el JRS retomó su trabajo tras el brote de violencia en 2001 y estableció bases operativas en Guinea-Conakry, Liberia y Costa de Marfil. El JRS trabaja asistiendo a los refugiados liberianos desplazados por la guerra civil en la reconstrucción de comunidades azotadas por la violencia en Guinea-Conakry y asistiendo a los desplazados internos en Costa de Marfil.

La necesidad de analizar las causas

Hoy más que nunca, los refugiados son parte de un fenómeno migratorio muy complejo, en el que se entremezclan factores políticos, económicos, étnicos, medio-ambientales, con un factor importante de violaciones de sus derechos humanos. «Muchas personas», según indica un informe internacional sobre migraciones, «se ven obligadas a dejar su país por un cúmulo de temores, esperanzas y aspiraciones que es difícil, cuando no imposible, de descifrar».

Según Linda Agerback, a menudo se menciona el vínculo que existe entre la pobreza y el conflicto, pero rara vez se expone la naturaleza de este vínculo. La pobreza no es de por sí una causa suficiente, como puede verse en países pobres que no están en guerra, como Tanzania. La causa no es tanto la falta de recursos *per se* cuanto la injusticia: las estructuras sociales, económicas y políticas que mantienen el dominio de un grupo situado al interior del centro de poder sobre otros grupos situados en su periferia, hasta el punto de negarles los derechos económicos, sociales y políticos más básicos. En otros casos, la situación se invierte: órganos estatales débiles en el centro se enfrentan a grupos poderosos en la periferia, lo que tiene como resultado un Estado caótico, como ocurre en Somalia.

Johan Galtung ha acuñado el término «violencia estructural» para describir estas pautas, y otros prefieren el término «injusticia estructural». El término ignaciano sería «pecado estructural». En la base, esas estructuras se traducen para los pobres en carencia de tierra, salarios de subsistencia, mala salud, analfabetismo y falta de control sobre sus propios asuntos. Las estructuras formadas por los grupos que se encuentran dentro y fuera de los centros de poder operan a nivel tanto nacional como internacional: a través de esquemas injustos de tenencia de tierra, de prácticas laborales explotadoras, de falta de acceso a la educación y a los servicios de salud, de fuerzas de seguridad represivas, de un sistema judicial corrupto y de una prensa amordazada. Otras estructuras y procesos son internacionales: la carga de la deuda, los injustos términos del comercio, la ayuda inadecuada y las alianzas coercitivas.

Es importante reconocer el papel que desempeña la injusticia estructural y los abusos de derechos humanos que la acompañan a la hora de provocar levantamientos populares. Éstos pueden ser al principio altamente localizados, reacciones «micro». No obstante, si los agravios no se corrigen, y el Estado es incapaz de reprimir la oposición con

efectividad, lo más probable es que esos levantamientos locales se fundan con el tiempo en una rebelión generalizada[2].

El impacto del conflicto en la vida de los refugiados

Aunque la guerra es vista frecuentemente en términos de muerte y destrucción, la realidad es que la guerra produce una gama mucho más amplia de efectos económicos y sociales para la gente que vive en la pobreza, incluso para aquellos que viven lejos de los combates. Es en el plano económico donde antes se hace sentir la propagación de la violencia: puestos de salud cerrados, profesores ausentes, mercados y tiendas vacías... También supone escasez de alimentos, debido a la desarticulación de la agricultura, el transporte y el comercio. Las economías rurales de subsistencia se debilitan deliberadamente: las cosechas son saqueadas o quemadas por los soldados, los agricultores son mutilados por las minas, y el reclutamiento forzoso resta trabajo productivo. La desintegración económica conduce a la falta de oportunidades para la generación de ingresos. Muchos gestores y técnicos capacitados utilizan sus recursos para escapar. Aquellos que optan por quedarse se convierten en objetivos para la represión. La guerra, finalmente, puede conducir al colapso económico y a la indigencia. Cuando esto coincide con la falta de lluvia y se utiliza deliberadamente la privación de alimentos como estrategia de guerra, el resultado es la hambruna, como ha ocurrido en Etiopía, Sudán, Somalia, el norte de Uganda, Mozambique o Angola (Duffield, 1991).

Los costes sociales son también altos. Las operaciones militares son la causa del desplazamiento de las familias y la desintegración de las comunidades. Los pobres se encuentran atrapados por las fuerzas de seguridad, por un lado, y por los insurgentes, por otro. En muchos conflictos, el uso deliberado del terror para intimidar a la población ha costado miles de víctimas entre los no combatientes. Los supervivientes arrastran consigo recuerdos angustiosos de ataques, separaciones y pérdidas familiares, desplazamientos de la comunidad y la tierra, y quizá secuestros, violaciones y torturas. Los psiquiatras se refieren a la tendencia individual, que se observa incluso entre los profesionales de la salud, a apartarse de los supervivientes de la violencia (Goldfeld,

2. Linda AGERBACK, «Romper el ciclo de la violencia. Promover el desarrollo en situaciones de conflicto», en *Desarrollo en Estados de Guerra,* 2000.

1988). Allí donde el trauma ha afectado a un gran número de personas de una comunidad, puede resultar difícil reconstruir la confianza y la cohesión necesarias para la recuperación de postguerras. La desmoralización y las fracturas sociales creadas por la guerra dañan la capacidad de una sociedad para su desarrollo a largo plazo. Pero la experiencia de Nicaragua, Eritrea o Sudáfrica muestra que el conflicto también puede crear nuevas formas de actuar y nuevas estructuras sociales, y la solución política a la que da paso puede abrir nuevas posibilidades para el desarrollo[3].

Cuando los refugiados tratan de huir de su tierra, a veces encuentran nuevos obstáculos. Frecuentemente, los países vecinos se niegan a acogerlos o intentan expulsarlos incluso a situaciones peligrosas para ellos. Las políticas de asilo en todo el mundo se han orientado a cerrar cada vez más las fronteras. Existe un clima de hostilidad hacia los refugiados, unido a actitudes xenófobas en distintas zonas del mundo. Las vidas de los refugiados se ignoran, y se simplifican las causas por las que huyen. La detención de solicitantes de asilo se convierte en la forma aceptada de tratarlos. El reto es comprender las causas de su temor y los problemas que tienen que afrontar para integrarse en los países de acogida.

Conclusión

Incluso en el corto periodo de existencia del JRS (25 años), el perfil y las necesidades de los refugiados y las personas desplazadas han cambiado enormemente. Ante las nuevas circunstancias a las que se enfrentan los refugiados, las respuestas de la comunidad humanitaria deben ser nuevas y creativas. El JRS también se enfrenta a este reto de un mundo cambiante para los desplazados forzosos. Pero el espíritu de nuestro servicio a los refugiados no ha cambiado. Tal como explicó en 1983 Dieter Sholz, SJ, director internacional del JRS, *«esto es lo que querría subrayar, un trato más personal en nuestro trabajo con los refugiados y una comprensión profunda de que el problema mundial de los refugiados es la historia de millones de individuos: su sufrimiento, pero también su admirable valentía, su capacidad de seguir adelante, su determinación de sobrevivir y vivir...».*

3. *Ibidem.*

ST EDITORIAL
SALTERRAE

Apartado 77 39080 Santander ESPAÑA

NOVEDAD

JOSÉ MARÍA MARDONES
Recuperar la justicia.
Religión y política en una sociedad laica
272 págs.
P.V.P. (IVA incl.): 13,00 €

El resultado del desencuentro entre fe y política lo sufre el ser humano en forma de exclusión y predominio de la injusticia y la desigualdad en la era de la globalización. La fe, por su parte, deja de ser liberadora y adopta unas formas desencarnadas y que apenas tienen que ver con la realidad. ¿Cómo afrontar positivamente la política desde una fe que busque la justicia, en esta hora de globalización neoliberal, exclusión social y «guerras de laicidad»? Es preciso que la fe no pierda su dimensión pública y busque en la política un medio eficaz para realizar la justicia.

ST 93 (2005) 369-380

Construir la paz y ser portadores de esperanza. 25 años aprendiendo de los refugiados*

Mark RAPER, SJ**

Los refugiados no constituyen un fenómeno nuevo: incluso la historia de Adán y Eva narra su destierro. Mientras la intolerancia y la opresión formen parte de la historia humana, habrá refugiados. El número de personas que han perdido sus raíces y la intensidad del sufrimiento humano pueden no ser hoy, en proporción, mayores que los de otras épocas históricas. El número de personas desplazadas por la Segunda Guerra Mundial, por ejemplo, fue de decenas de millones. Sin embargo, con la expansión de la modernidad y sus medios de comunicación a cada rincón del planeta, no sólo ha crecido el número total, sino que además somos más conscientes del fenómeno. Los actuales medios de comunicación hacen que los problemas, el alcance, la frecuencia, la velocidad y la complejidad de la crisis de los refugiados resulten accesibles para todos nosotros.

Los refugiados, y con ellos sus historias, se encuentran en todas partes. Los refugiados, hoy, se mueven en nuevas direcciones y pueden llegar a cualquier lugar, a pesar de que a menudo se olvida que el 90% de ellos permanecen en los países más pobres, mientras que la llegada a Europa de un pequeño número de refugiados es, muchas veces, motivo de retórica grandilocuente. En lugar de buscar las formas de proteger los derechos de quienes buscan asilo, los Estados se manifiestan

* Original inglés: «To Build Peace and Bring Hope. 25 Years of Learning from the Refugees». Traducción de Natalia Calamai.

** Provincial de los Jesuitas de Australia. Pasó veinte años con el Servicio Jesuita a Refugiados, primero como Director Regional en la zona asiática del Pacífico (Bangkok), y luego como Director Internacional (Roma).

desbordados por la crisis que ello provoca. Sin embargo, una legislación dura, claramente orientada a proteger a los Estados contra los refugiados y los migrantes, sólo sirve para reforzar operaciones ilegales que empujan a personas desesperadas a cruzar fronteras. El verdadero problema de los refugiados consiste en el hecho de que, una vez más, se pasan por alto las causas profundas, y el conjunto de acuerdos internacionales orientados a ofrecer protección a los refugiados está siendo desmantelado, pieza a pieza, por los Estados que los firmaron y llevaron a la práctica.

Ser refugiado es una experiencia humana compleja y dolorosa. Si los escuchamos, ellos nos enseñarán en qué consiste ser portador de esperanza y de qué manera se puede construir la paz.

Al reflexionar acerca de las experiencias de vida y trabajo del Servicio Jesuita a Refugiados (*Jesuit Refugee Service* = JRS) a lo largo de 25 años, me refiero a los movimientos mundiales de refugiados hoy, a las que yo creo que son las causas de este fenómeno, al impacto que produce en nuestro sociedad y a la forma en que podemos dar una respuesta a este problema.

El JRS es una verdadera organización no-gubernamental (ONG). El JRS afronta los problemas corrientes, va a las raíces de la pobreza, de la violencia y del conflicto y se inspira en la compasión/solidaridad. Gracias a su red de unidades locales, el JRS se encuentra cerca de la gente necesitada, responde rápidamente a situaciones cambiantes y permanece en los lugares de los que otras organizaciones se marchan.

¿Cuáles son las razones por las que personas y gobiernos dedican tantos recursos y energías a evitar aquello que tememos y tan pocos, sin embargo, a perseguir lo que amamos, respetamos o deseamos? Para construir la paz y ser portadores de esperanza, estamos invitados a seguir los impulsos de nuestros corazones y a no rendirnos ante nuestros temores.

El evangelio nos insiste: «no temáis», en un mundo cada vez más dominado por el miedo y la inseguridad. El miedo constituye hoy el factor dominante tanto en la política internacional como en la nacional. La lógica del miedo conduce a la ansiedad, al aislamiento, a la sospecha, a la inacción, a la violencia. Frente a ello, el modo en que el evangelio habla a nuestros deseos («no temáis») es una forma de dar alas a los sueños y deseos de paz y esperanza. La lógica de los deseos conduce a la seguridad, a la confianza, a la reconciliación.

La esperanza es diferente del optimismo. La esperanza nace de experiencias de sufrimiento vividas. Imagínese la voluntad, el deseo sos-

tenido y la fuerza de carácter necesarios para mantener viva la esperanza que alienta en los refugiados, no sólo de escapar de las persecuciones, sino también de sobrevivir superando la detención, el aislamiento, la degradación.

A través de una serie de historias, invito al lector a entrar en la experiencia de los refugiados y, a través de esta experiencia, a experimentar otra forma de ver nuestro mundo. No todas las historias de refugiados tienen un final feliz, ni mucho menos. A veces tan sólo experimentamos nuestra impotencia. Sin embargo, podemos aprender de todas las historias.

Gabriel, un Dinka de dos metros de estatura, había llegado a Tailandia tras un viaje que, para su pueblo, rivalizaba con el de Marco Polo. Había huido a pie de la guerra que se había iniciado en 1983 en su tierra, el Sur de Sudán, había atravesado Egipto y había seguido hacia Sudán para estudiar, pero allí fue obligado a enrolarse en la guerra entre Irán e Irak. Se fugó, pero no consiguió encontrar un medio de transporte hacia Europa y, mientras se dirigía hacia el este, en dirección a Australia, vio interrumpido su periplo en Singapur, donde lo desviaron hacia Bangkok. Como entonces yo residía y trabajaba en Tailandia, lo conocí y lo encontré desorientado culturalmente, solo y desesperado. Nos visitaba con frecuencia, y, junto con un funcionario del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados, buscamos por todas partes un país que lo acogiera. Australia, Nueva Zelanda, Estados Unidos, Canadá y Suecia se negaron incluso a entrevistarlo. Al fin, se le ofrecieron tres opciones: un viaje de vuelta a Sudán, a Kenia a Liberia. En su desesperación, aceptó Liberia, hacia donde partió en 1987. Las mujeres de nuestra oficina le dieron la camisa más grande que pudieron encontrar en las tiendas. Varias veces me escribió dictando sus palabras a un religioso salesiano escocés. Pocos años después, me encontraba en mi nuevo destino en Roma. Profundamente afectado por el sufrimiento del pueblo de Liberia, viajé en 1992 a Monrovia, asolada por la guerra, para ver qué se podía hacer. Allí busqué a Gabriel. En una visita a los salesianos, pregunté si lo habían conocido. Sin dudarlo, me dirigieron a un escocés, precisamente el que había escrito las cartas de Gabriel. Éste me relató la muerte de Gabriel: confundido con un Mandinga, agitaba sus largos brazos y mostraba su tarjeta de refugiado, intentando explicar que se encontraba «bajo la protección» de las Naciones Unidas a un miembro de la etnia Krahn, drogado y armado hasta los dientes, seguidor de Charles Taylor, que lo

abrasó a tiros. Lloré por Gabriel y por las numerosas víctimas de aquella interminable guerra sin sentido.

Tal vez no se pueda sacar una moraleja de la historia de Gabriel, que había atravesado, casi siempre a pie, la geografía de nuestro mundo de conflictos y refugiados: huyendo de la guerra de Sudán, se vio atrapado en otra del Oriente Medio, bloqueado cuando intentaba tomar las rutas del asilo en dirección Oeste, Este, Sur y Norte, arrastrado en el remolino de la marea de los refugiados indochinos y, por último, convertido en blanco de un loco en una guerra que nada tenía que ver con él.

Todo continente y toda región del mundo se ven afectados por los desplazamientos forzados de personas. A lo largo de los últimos 25 años, casi cada país de África, por ejemplo, ha producido o recibido refugiados. Varias generaciones de seres humanos en África, Oriente Medio y Asia sólo han conocido la vida de un campo de refugiados. Los niños a quienes se niega la educación pierden la esperanza en el futuro. Los adultos pierden sus roles, sus habilidades y su dignidad. Las comunidades se vuelven dependientes, y sus culturas se atrofian. Varias generaciones deambulan en un limbo legal, social y político, con frecuencia ignorado por la comunidad internacional. La vida de los refugiados, cuando no es ignorada, corre el riesgo de ser distorsionada por los medios de comunicación.

La historia de los refugiados, a lo largo de los últimos 25 años, está marcada en su punto medio por los acontecimientos decisivos de 1989: la caída del Muro de Berlín y el final de la Guerra Fría. En la década de los ochenta y anteriormente, los que huían de regímenes comunistas recibían la máxima atención. Casi dos millones de indochinos, por ejemplo, se redistribuyeron en más de 30 países.

En 1990, momento en que la historia mundial contemporánea cambió dramáticamente, fui trasladado de Asia a Roma para trabajar en el programa mundial del JRS. En la década de los noventa, el JRS se comprometió a fondo con una inmensa gama de pueblos en crisis. Naturalmente, seguimos nuestro trabajo con los camboyanos, birmanos, tamiles de Sri Lanka, afganos y súbditos de Bután residentes en Nepal. Pero pasé gran parte de mi tiempo en África. En el Cuerno de África trabajé con los eritreos y los «Tigrayans», y cuando la fortuna de la guerra cambió, con los etíopes de habla amárica; con somalíes y sudaneses desplazados a Chad, República del Congo, Uganda, Kenya, Egipto y Etiopia, debido a un conflicto sobre las tierras de paso, las

aguas del Nilo, el petróleo y la ley de la «sharía». Trabajamos con los mozambiqueños que se encontraban en Malawi, Tanzania, Zimbabwe y Sudáfrica, así como con angoleños, liberianos, congoleños, ruandeses y burundeses.

En América Latina, trabajamos en El Salvador; pero después del acuerdo de paz y de la vuelta de los refugiados a sus casas, dirigimos nuestros esfuerzos a los guatemaltecos en Méjico, luego a los colombianos y a los haitianos en la República Dominicana.

Por supuesto, los Balcanes y el terrible conflicto de Bosnia requirieron nuestra atención. Nuestro equipo estuvo en Sarajevo a lo largo de todo el conflicto de la década de los noventa, y también en Serbia, Montenegro, Macedonia, Albania, Kosovo y Croacia.

A lo largo de todo este tiempo, en los Estados Unidos y en Europa, así como en Australia, donde escribo, los últimos conflictos han dejado sus huellas en los rostros y en las identidades de los últimos refugiados que han llegado. La geografía universal del desplazamiento encuentra su espejo en los centros de inmigración y detención de cada ciudad del mundo dotada de un aeropuerto internacional.

¿Por qué los refugiados dejan sus casas? En la teoría clásica de la migración, tres conjuntos de factores influyen en el desplazamiento humano: *Push* (la fuerza que empuja), *Pull* (la fuerza que atrae) y *Networks* (redes). La persona que opta por dejar su casa, lo hace impulsada por múltiples factores. Los estudios revelan que las diez razones principales que mueven a los que vienen a Australia son las que los «empujan» y «obligan» a desplazarse[1]. Es decir, esos seres humanos fueron forzados a marcharse. Pero antes de examinar o buscar unas explicaciones globales, voy a intentar describir el escenario de un conflicto que creó un desplazamiento en masa de seres humanos.

En abril de este año conmemoramos once años desde que comenzó el genocidio de Ruanda. Empezó el 6 de abril de 1994, a raíz del asesinato del Presidente Habyarimana y de un grupo de personas, que tuvo lugar al día siguiente en el Centro Cristo, centro de retiro de los jesuitas; entre dichas personas se encontraban tres jesuitas, uno de ellos director del programa local del JRS. El mundo se vio conmocio-

1. Kerry MURPHY, «Refugees in Australia: Unwanted Strangers?»: *Jesuit Refugee Service Australia, Occasional Paper* n. 3, Septiembre 2002.

nado por el genocidio que se desencadenó y produjo más de 800.000 muertes en 100 días; pero el mundo, al mismo tiempo, se quedó paralizado. El hecho fue presentado como un conflicto étnico, como si aquella verdad fuera también una respuesta y una explicación. Películas como «Hotel Ruanda» relatan hoy la historia de aquellos días terribles y nos ayudan a imaginar y recordar acontecimientos que la mayoría desea olvidar.

Analizando los diferentes sectores de la sociedad ruandesa, se pueden encontrar algunos factores que nos ayudan, si no a aceptar, sí al menos a empezar a entender. La población ruandesa, de unos tres millones en la década de los sesenta, había pasado a ser de casi ocho millones en 1994, y su densidad se encontraba entre las más altas del África subsahariana. La nueva experiencia de nacionalismo vivida en África produjo una rigidez en las fronteras que imposibilitó el nomadismo natural de siglos precedentes. Hacia la mitad de la década de los ochenta, las parcelas agrícolas familiares habían sido divididas al máximo, hasta el punto de que muchos de los hijos no primogénitos (segundos, terceros y cuartos) se quedaban sin ingresos y sin futuro. Fue casi en este momento cuando el valor en el mercado internacional del café, el principal producto de Ruanda, se derrumbó hasta alcanzar la mitad de su valor anterior. Otro factor fue el azote creciente del SIDA, que dejó a muchos niños y jóvenes sin padres (varones) y sin el apoyo afectivo de padre y madre. Desde la independencia proclamada en la década de los sesenta, Bélgica había intensificado la ayuda que daba a la población hutu para la educación; por lo tanto, muchos chicos y una proporción de chicas importante para el nivel africano tuvieron la oportunidad de alcanzar la enseñanza secundaria. Por lo tanto, había una cantidad significativa de jóvenes cuyas esperanzas y expectativas habían crecido gracias a su instrucción, pero que se encontraban sin raíces, sin tierra, sin trabajo y sin futuro.

En aquel momento el Presidente del país era un hutu, el cual, obligado por la fuerte presión internacional, estaba a punto de convertir en ley el Acuerdo de Arusha, que abriría un proceso más democrático en el país, con el consiguiente riesgo para él de perder el poder. En los ataques de abril de 1994 que hicieron precipitar el genocidio, los hutus extremistas primero atacaron a los hutus moderados y a toda persona moderada, con independencia de la etnia a la que perteneciera. Luego, intentando por todos los medios mantener su poder, explotaron a esa masa descontenta de jóvenes, para lo que utilizaron estaciones de radio a través de las cuales les invitaban, con un mensaje envenenado de odio

étnico, a concentrarse en las colinas. El apego a la propia etnia y el descontento, nacidos ambos de la miseria, fueron explotados por individuos con motivos corruptos.

«No es el poder lo que corrompe, sino el miedo», nos dice Aung San Suu Kyi[2] en un comentario fruto de su propia experiencia. «El temor a perder el poder corrompe a aquéllos que lo detentan, y el temor a los azotes del poder corrompe a los que le están sometidos».

¿Podía la comunidad internacional haber hecho algo para parar el genocidio de Ruanda? Organizaciones enraizadas en el lugar, como Caritas, o comités religiosos de carácter profético, o movimientos de resistencia, sólo pueden alertarnos de situaciones como ésa. También puede hacerlo una universidad especializada en el estudio de problemas sociales y humanos. Pero las naciones poderosas ¿podrían haber hecho algo? El General Dellaire, canadiense al mando de la reducida fuerza de paz de las Naciones Unidas presente en Kigali en aquel momento, cree que, si su mandato hubiera sido modificado, habría podido intervenir rápidamente. O si se hubiera producido alguna forma de resistencia local y denuncia, por ejemplo por parte de la Iglesia, entonces el mundo exterior se habría dado cuenta de lo que estaba pasando.

Pero debemos recordar que los hechos de abril de 1994 se produjeron sólo unos meses después del incidente del derribo del helicóptero *Black Hawk,* cuando quince militares estadounidenses fueron arrastrados por las calles de Mogadiscio, en Somalia, ofreciendo un espectáculo humillante que fue grabado por las cámaras de la CNN. Inmediatamente, los Estados Unidos empezaron a retirarse. Su retirada, completada en marzo de 1994, pocos días antes del comienzo del genocidio de Ruanda, fue acompañada por el horror que le inspiraba a los Estados Unidos la idea de una intervención humanitaria y por el compromiso del Presidente de no enviar al extranjero tropas estadounidenses integradas en una fuerza internacional, a menos que estuvieran bajo el mando directo de los propios Estados Unidos.

Este breve análisis de la situación de Ruanda muestra la complejidad de una sola situación, en la que se ha producido ya una considerable recuperación y cicatrización de heridas. Sin embargo, aunque no deseo deprimir a nadie, es importante recordar que los países que rodean

2. Aung San Suu Kyi, *Freedom from Fear and Other Writings,* Penguin Books, London 1991.

Ruanda permanecen en crisis: al norte, Uganda, en cuyo interior cerca de un millón de personas se encuentran desplazadas; al oeste, el Congo, donde, según un largo estudio del *International Rescue Committee,* unos tres millones de personas han muerto en los últimos diez años debido a enfermedades y hambrunas producidas por conflictos. En el interior, Burundi, al sur de Ruanda, donde centenares de miles de personas permanecen desplazadas; y un número semejante de ellas se encuentran en Tanzania en calidad de refugiados. Trescientas mil personas en Burundi han muerto en conflictos desde 1993, entre ellas, hace pocas semanas, el Nuncio Apostólico, Embajador del Papa en Burundi.

James Wolfensohn, presidente del Banco Mundial, ha sido entrevistado recientemente[3]. Si un marciano aterrizara aquí, dijo, relataría en su tierra que este planeta está loco. Una minoría vive al día y no ve a la mayoría de pobres. Los países desarrollados del mundo gastan cantidades inmensas en armas, pero en ayuda invierten sólo una mínima parte de estas cantidades. La pobreza y la desesperación de una inmensa parte de los cinco mil millones de personas del mundo en vías de desarrollo contribuyen a alentar el terrorismo y el extremismo.

«Yo, personalmente, siento que el mundo está trastornado», se dice que afirma. «La forma en que el mundo afronta los problemas de la pobreza y de la paz hace pensar que los ve como dos temas separados». Actualmente, el gasto mundial en armamento alcanza 1 billón de dólares estadounidenses. Frente a esta cifra, los países ricos ofrecen tan sólo entre cincuenta y sesenta mil millones de la misma moneda a los países en desarrollo, al tiempo que bloquean la mayoría de sus exportaciones agrícolas, una de las escasas oportunidades que estos países tienen para salir de la miseria.

«Cinco mil millones de personas viven en el mundo en desarrollo, de las cuales tres mil millones ganan menos de dos dólares diarios... Si no se les puede dar la esperanza de conseguir un trabajo o realizar algo productivo, que les proporcionaría una cierta autoestima, estas personas se convierten en el terreno adecuado para producir terroristas o renegados o grupos de defensa. Se trata de una situación esencialmente inestable... Si no se afronta el tema de la esperanza, con las armas, no hay forma de conseguir la paz. Creo que se podrían dedicar dos billones de dólares estadounidenses a gastos militares, pero, si no se

3. Roy ECCLESTON, «No peace without hope»: *The Australian,* 4 de febrero de 2004.

afrontan los problemas de la pobreza y el desarrollo, no se conseguirá alcanzar una estabilidad»[4].

Estoy convencido de que las causas que subyacen hoy a los desplazamientos forzados de personas se encuentran en el desequilibrio en la distribución de los recursos del mundo y en los consiguientes conflictos que nacen de tal desequilibrio. Los fundamentos de la paz se encontrarán cuando se afronten estas causas. El abogado de la inmigración australiana, el Profesor Jerzy Zubrzycki, ha escrito recientemente: «El reto fundamental ante el que se encuentra Australia es su forma de responder a las inmensas diferencias que existen en la distribución de la riqueza mundial, que produce una presión económica que obliga a la emigración desde zonas pobres dentro de los mismos estados, así como a los movimientos migratorios internacionales»[5].

También el Cardenal Murphy O'Connor abordó este tema el año pasado, en una cumbre sobre globalización celebrada en Gran Bretaña. Dijo que la miseria es un azote tan grande como el terrorismo. Dejó claro que no quiere minimizar la verdad de que el terrorismo es hoy más peligroso que nunca. Pero se preguntó si es correcto reprochar a los «estados que han fracasado» por permitir el desarrollo del terrorismo. «Los estados fracasan», declara, «cuando son incapaces de sacar a la gente de la miseria, o cuando no prestan suficiente atención a la importancia de tomar medidas para que la riqueza se distribuya adecuadamente de forma que toda la población pueda desarrollarse; o, también, cuando no son capaces de afrontar seriamente la obligación de tomar medidas para que la riqueza no sea creada para pocos a costa de muchos». Concluye su intervención con las siguientes palabras cargadas de emoción:

«Nuestro mayor reto a comienzos del siglo XXI es la miseria. Nuestra mayor deuda es la que tenemos con nuestros hermanos y hermanas en las zonas más pobres del mundo. Nuestra mayor esperanza es nuestra humanidad común y nuestra solidaridad. Y nuestra mayor fuerza es nuestro compromiso de trabajar juntos. Me gustaría pensar que todos nosotros seremos capaces de llevar este mensaje a nuestras comunidades, a nuestras instituciones y a nuestros gobiernos...».

4. *Ibidem.*
5. Jerzy ZUBRZYCKI, «Let's revisit Calwell ideal»:, *The Australian,* 13 de enero de 2004.

Si, como afirma el Cardenal Murphy O'Connor, la mayor amenaza para el mundo es hoy la pobreza y no el terrorismo, ¿por qué no hacemos una guerra contra aquélla, en lugar de hacerla contra éste?

El sociólogo polaco Zygmunt Barman ha escrito otro libro estimulante en el que reflexiona sobre la sociedad moderna. En su análisis no se limita a definir la pobreza como causa y examina la iniquidad que la modernidad produce. Su libro se llama *Wasted Lives, Modernity and its Outcasts* («Vidas perdidas, modernidad y sus proscritos»)[6], y en él examina la producción de poblaciones «superfluas» de migrantes, refugiados y otros proscritos, productos inevitables de la modernización. Anteriormente –sostiene–, las zonas extensas del mundo que permanecían total o parcialmente ajenas a la modernización podían absorber los excesos de población de los países desarrollados. Se buscaban, y se encontraban de forma temporal, soluciones globales a problemas locales. Personas condenadas por tribunales o en paro eran enviadas a Australia y a las Américas, por ejemplo, con consecuencias desastrosas para las sociedades indígenas. Ahora, como la modernización llega hasta el último rincón del planeta, esta «población superflua» se produce en todas partes, y todos los lugares tienen que soportar las consecuencias del triunfo de la modernidad. Ahora tenemos que buscar soluciones locales para problemas producidos globalmente. La consecuencia de la expansión de la modernidad es que un número creciente de seres humanos se ve privado de medios de supervivencia, y parece que en el planeta se están agotando los lugares que puedan acogerlos. De esta situación nacen las nuevas preocupaciones por los inmigrantes y la importancia creciente que los difusos temores por la seguridad están adquiriendo en las agendas políticas.

Conclusión

«Progresamos», dijo el Maestro Eckhart, el dominico místico alemán del siglo XIII, «si nos paramos». Es bueno pararse y dirigir la mirada hacia los pasados veinticinco años para reflexionar sobre la manera de avanzar. A lo largo de este tiempo, los refugiados han sido mis maes-

6. Zygmunt BARMAN, *Wasted Lives – Modernity and its Outcasts,* Polity, Cambridge 2004.

tros. El Servicio Jesuita a Refugiados ha sido construido desde sus cimientos. Su orientación general se basa en su fundador, Pedro Arrupe, pero cada programa nuevo tiene que ser elaborado sobre el terreno, con la gente y en respuesta a sus necesidades. La misión del JRS consiste en «acompañar, servir y defender los derechos de los refugiados». Nuestra experiencia de «acompañamiento» en Centroamérica ha dado un nuevo significado a nuestra misión de «acompañar» a los desplazados a la fuerza. Cuando voluntarios de Estados Unidos fueron a vivir con comunidades de refugiados en El Salvador, los ejércitos locales sabían que, si utilizaban para matar a ciudadanos americanos los M-16 suministrados por los Estados Unidos, la ayuda militar y el apoyo político exterior a la dictadura se acabarían. Sólo por el hecho de estar allí, una persona podía proteger los derechos humanos.

De los refugiados he aprendido también que, si queremos dar forma a la visión de la sociedad futura a la que aspiramos, tenemos que dirigirnos a las viudas y madres que han perdido a sus hijos en la guerra. Aquellos/as a quienes no les queda nada que perder son a menudo quienes tienen mayor libertad para imaginar y describir la sociedad ideal y muestran una fuerza y una esperanza extraordinarias en el seguimiento de esta visión. «Si no fuera por la esperanza, nuestros corazones se partirían», dice el proverbio.

Los refugiados me han enseñado lo que significa la capacidad humana de adaptación. Cuando visitaba a refugiados recién llegados, tanto en el distrito de Krajina, al otro lado de la cavidad de Bihac en Bosnia, como en la frontera de Birmania, cerca de Mae Hong Song en Tailandia, los encontraba siempre profundamente preocupados por el futuro de sus hijos. La primera tarea en comunidades de adaptación consiste en hacer que la escuela funcione. En una ocasión en que llegué a un claro en el norte de Uganda, donde miles de sudaneses levantaban su campamento tras una marcha de varias semanas, me encontré por casualidad frente a un hombre rodeado de niños y le pregunté qué era lo que más necesitaba. «Una pizarra y alguna tiza», me respondió. Era un profesor, preocupado sólo de que la educación de los niños se reanudara. En los campos camboyanos de la década de los ochenta, donde cada acontecimiento y cada conversación estaban politizados, ofrecimos clases de matemáticas de alto nivel. Los estudiantes se animaban en aquella hora de libertad, porque es imposible politizar las matemáticas.

¡Qué afortunados somos ahora por el hecho de que refugiados de tantos lugares se afinquen en nuestros países occidentales! Si somos

capaces de conocerlos, si ellos nos pueden ayudar a comprender sus historias, podremos comprender mejor nuestro mundo. El Servicio Jesuita a Refugiados está inserto en las comunidades locales, pero también trabaja a lo largo y ancho del mundo. La contribución de estas redes internacionales en un tiempo de globalización es insuperable.

El mundo ha cambiado en estos veinticinco años, y lo mismo ha hecho el JRS. Destacan muchos de estos cambios. Las tareas humanitarias a nivel internacional se han transformado radicalmente, ahora que los gobiernos dedican mayores esfuerzos a las acciones de guerra que a la búsqueda de la paz. El descontento y la incertidumbre de la sociedad frente a los cambios producidos por la globalización se confunden demasiado a menudo con amenazas para la seguridad. El menosprecio de las Naciones Unidas por parte de líderes políticos sólo puede producir vergüenza.

El JRS anima e insta a sus miembros, no sólo a actuar en la forma más eficaz en el servicio a las personas desplazadas a la fuerza, sino también a llegar a las causas profundas de la violación de los derechos humanos. Los refugiados, en última instancia, constituyen la expresión de la violación de los derechos humanos. El Servicio Jesuita a Refugiados manifiesta no sólo buenas ideas y experiencias, no sólo una base de datos de métodos eficaces, no sólo un código aceptado de conducta correcta. El JRS se asocia con personas que nos pueden ayudar a realizar un análisis profundo de las fuerzas que actúan en nuestro mundo. El JRS agrupa a personas con fe que comparten la visión de un mundo mejor, más justo y más equitativo. Una visión compartida es una visión liberadora y movilizadora. Una visión compartida da esperanza. «Si no fuera por la esperanza, nuestros corazones se partirían».

ST 93 (2005) 381-392

¿Quién va a reparar el sendero?

José Ignacio García Jiménez*

He aceptado la propuesta de escribir estas páginas con la intención de que puedan ser un testimonio agradecido a las decenas de personas con las que compartí dos años en el Servicio Jesuita a Refugiados (JRS: *Jesuit Refugee Service*); y con el deseo de servir a los refugiados que actualmente sufren el injusto destierro y las doloras consecuencias del mismo. Dar a conocer su existencia es ya un primer servicio. Pero no puedo ocultar el miedo de que sea un ejercicio de nostalgia. Si consigo lo primero, ésa era la intención; si el resultado es el no buscado, pido disculpas.

El lector comprenderá mis reservas, pues se ofrece un testimonio de «lo que ha quedado después del trabajo con refugiados», y hace ahora diez años. En terminología técnica, fue un tiempo de «intervención social»;: hicimos uso de recursos y tratamos de incidir en la situación de un colectivo especialmente vulnerable en situaciones de refugio, los jóvenes. Personalmente, me siento muy ajeno a la intervención social entendida en parámetros profesionales, así como de su jerga; pero me imagino que participamos como agentes pastorales, como educadores formales, educadores de calle («de campo», para ser más precisos), protectores de derechos humanos («escudos», también les llaman), promotores sociales. Para los que conozcan un poco la vida de la Compañía de Jesús, fui un «maestrillo» lleno de ímpetu y falto de tantos sentidos comunes. Visto ahora, en perspectiva, sólo puedo atribuir a la Providencia y a la paciencia de quienes estaban conmigo el que ese tiempo no fuera un desastre.

* Jesuita. De 1992 a 1994 colaboró con el SJR en Malawi-Mozambique.

«El término "refugiado" se aplicará... a toda persona que, debido a fundados temores de ser perseguida... se encuentre fuera del país de su nacionalidad y no pueda o no quiera regresar»

(Convención de Ginebra, 1951)

A João le parecía que debíamos darle un toque más académico a la escuela; así que propuso celebrar alguna conferencia. Me animó a tener la primera, y un viernes por la tarde, ya en marzo, se celebró, bajo el título «¿Qué es un refugiado?». El aula estaba llena de mozambiqueños (más de un centenar) en los pupitres, en el suelo, por todas partes. Escuchaban con máxima atención las explicaciones sobre lo que era la Convención de Ginebra, el Alto Comisionado, la protección, el *non-refoulement,* las garantías para un hipotético retorno... Nunca he pasado tanta vergüenza explicando algo; nunca he sentido tan claramente que lo que explicaba pudiera hacer verdad el adagio *quidquid recipitur, ad modum recipientis recipitur;* ellos eran los refugiados, y nosotros se lo estábamos explicando.

Los refugiados son una complicación añadida. A la pobreza estructural, al trabajo de la cooperación al desarrollo, a los organismos internacionales, a la actividad pastoral de la Iglesia, a los planes de desarrollo, a las programaciones, a los acuerdos multilaterales, a los bilaterales, a los conflictos bélicos, a los frentes abiertos, a todo y a casi todos. Los refugiados son una complicación que se suma a las ya recargadas agendas de la geopolítica internacional. Y esto por todas partes: en África, en Asia, en América del Sur y Central, en Europa Central; en cualquier parte del mundo se convierten en un problema añadido.

Hasta en las situaciones más conflictivas se intenta poner un poco de orden. La injusticia, la guerra, las violaciones de los derechos humanos, todo lo que conocemos como el mal, también tiene su orden. Están los enemigos, los soldados, los civiles, las víctimas, los vencidos, los vencedores, los combatientes, los daños colaterales, etc. Su situación será más o menos difícil, pero están donde tienen que estar: arriba o abajo. Pero los refugiados rompen la lógica interna de las cosas; por eso digo que son una complicación añadida.

Los refugiados llegan caminando o en camiones, por las noches o al amanecer, especialmente al amanecer, porque el día suele ser peligroso para caminar. Llegan y se instalan. Al principio son unos pocos, pero pronto van creciendo y terminan siendo una multitud. Y han en-

trado en tu país, en tu territorio, y de repente son tu problema, porque eres «país de asilo». Si el conflicto ha tenido la suficiente repercusión, aparecen los organismos internacionales, y las organizaciones no-gubernamentales, y las tiendas de campaña, y las banderas azules, y los camiones de suministro...: algo a lo que nos vamos habituando por los medios de comunicación. Por supuesto que no ha sido siempre así. La ayuda humanitaria ha ido desarrollándose como una especialidad entre el desarrollo y las emergencias. Es decir, un problema añadido, porque las emergencias son, por definición, de duración limitada; el desarrollo, una cuestión eterna, o casi. Por eso la ayuda humanitaria, los refugiados, son un problema añadido. Se instalan en casa de un tercero, no se sabe cuánto tiempo van a permanecer, y les asiste el derecho de asilo.

Pero ¿quiénes son los refugiados? Hombres y mujeres como tú y como yo. Exactamente iguales. Ésta es una de las lecciones más difíciles de aprender, pero es imprescindible irlo *aprehendiendo* –es un proceso que no acaba nunca– para poder hacerse cargo de la situación, para no sentirse desbordado ante una auténtica multitud de rostros hambrientos, enfermos, mal vestidos y luchando por vivir. En situaciones de tanto desamparo, el vínculo con la humanidad compartida es casi el único lazo que permanece sólido.

Jon Sobrino decía que el «Mitch» había sido una radiografía de la región centroamericana. Que el huracán había puesto de manifiesto la pobreza que se esconde en las chabolas, en los barrios de las ciudades, en las aldeas campesinas. El huracán había levantado las chapas de los tejados y derribado las frágiles paredes de las chabolas, para poner en evidencia la enorme pobreza que contenían. Los refugiados serían como un «scanner» de la realidad de una sociedad. Todavía más penetrante que una radiografía, porque desmenuza todas las piezas mostrando un «puzzle» que parece imposible de recomponer.

Todas las formas de pobreza, desesperación, anulación del sujeto y explotación que podamos concebir aparecen concentradas en situaciones de refugio. La protección viene después, mucho después, y es siempre incompleta. En el interior de un campo de refugiados se concentra la miseria viva de los países de los que se proviene. El campo de refugiados provoca una igualación por anulación. Las diferencias de origen, condición social, capacidad o creatividad quedan casi totalmente anuladas. Todos comparten las mismas condiciones, que son de mera supervivencia y máxima dependencia. El agricultor no puede cultivar, el maestro no puede enseñar, el mecánico no puede arreglar motocicletas..., y así el largo etcétera de cada uno de los que están asilados.

Al comienzo son «los refugiados», un colectivo, un grupo (en nuestro caso, una marea humana con campos de decenas de miles de personas). El tiempo y el acompañamiento ayudan a individualizar. Cuando los tratas personalmente, cuando tienes contacto directo con ellos, vas cambiando la mirada. El trabajo cotidiano, la escucha, ver lo que ellos ven, sudar del mismo calor, beber de la misma agua, no te hace uno de ellos, pero sí te ayuda a mirar como ellos miran, a intuir lo que ellos sienten, a soñar lo que ellos sueñan. No tiene nada de extraordinario, salvo lo extraordinario que es la vida.

> *«¿Cómo podríamos cantar un canto de Yahveh en una tierra extraña?»*
>
> (Salmo 137)

Cuando se trabaja al servicio de los refugiados, es importante mantener buenas relaciones con los medios de comunicación. Siempre tratamos de facilitar su labor, proporcionando transporte, alojándolos en nuestras casas, buscando contactos con refugiados o preparando visitas a funcionarios. De ellos se espera que mantengan encendida la causa de los refugiados en los países donantes o influyendo en la opinión pública.

Esta vez, además de periodista, se trataba de un compañero jesuita. Estaba realizando un documental para una universidad norteamericana, y le ayudamos todo cuanto pudimos en su labor. Desplazamientos, visitas en el campo, en las escuelas, con los primeros retornados... También nosotros fuimos invitados a participar y nos dejamos entrevistar. A mí me sentaron en una silla enfrente de la escuela, me pusieron un micro por dentro de la camisa, probaron el sonido y la luz... Me sentía bastante ridículo, sentado allí, en medio del patio, con un buen grupo de alumnos curiosos cerca mirando; pero es el precio de la fama, pensé. Comenzaron las preguntas: ¿qué hacíamos allí?, ¿cómo estaba la situación?, ¿cómo afrontábamos el retorno? Me gustaba responder a esas preguntas, y el inglés me iba saliendo más fluido. Y, de repente, la pregunta: «¿Recuerdas alguna escena de supervivencia extrema? ¿Has visto alguna situación extraordinaria de sufrimiento?». Me quedé paralizado, y sentí una rabia inmensa. ¿Cómo era posible una pregunta tan frívola? «Aquí lo único extraordinario es seguir viviendo cada día», le respondí.

Las condiciones de vida en un campo de refugiados no son tan dramáticas como las que se dan en una zona de conflicto abierto. De he-

cho, el sentido de estos lugares es que puedan aportar protección a personas perseguidas o que viven en zonas de grave riesgo; pero lo cierto es que la vida de los refugiados se desarrolla, normalmente, en condiciones extremas. La alimentación, la salud y la habitación se mantienen en límites de supervivencia. Cuando las situaciones se prolongan, las condiciones mejoran, evidentemente, pero ello no reduce la extrema pobreza en que se desenvuelven.

El fenómeno de la pobreza admite multitud de análisis y perspectivas. En general, los refugiados comparten plenamente esa condición. El que reciban ayudas, la distribución de alimentos o ciertos servicios no puede hacer creer que viven en un paraíso. Todo lo contrario. Sus condiciones de vida están dentro de la más estricta y radical pobreza. Pobres como los pobres. Además, la alta concentración de personas, el hecho del confinamiento, la dependencia casi absoluta que tienen de la ayuda externa, así como su limitada autonomía, provocan deterioros psicológicos importantes, fracturas en las relaciones familiares, traumas infantiles y abandono de ancianos. Hechos que, además de las consecuencias directas, indican que el deterioro ha tocado los entramados más profundos de sus culturas y sociedades.

La vida de los refugiados es ordinariamente extraordinaria. Si en ellos descubrimos la vida tan directamente amenazada, también en ellos descubrimos que la vida es un don que quiere permanecer. Por eso, a medida que transcurra el tiempo en el destierro, irán surgiendo iniciativas que ayuden a superar la situación. Son pequeños escarceos que no varían sustancialmente las condiciones de la mayoría, pero que dan idea de que la creatividad y la iniciativa han sido mutiladas, aunque no aniquiladas.

Todas las iniciativas que uno pueda imaginar, y especialmente las que uno no puede imaginar, tienen lugar en un campo de refugiados: el comercio, la publicidad, el transporte, la asistencia, el deporte, la música, las finanzas, la producción, la transformación, el pensamiento, la práctica religiosa, la política y la justicia. A su medida, con sus recursos, pero son reflejo de la vida que se resiste a ser anulada. Se anuncian las peluquerías o los curanderos, se transportan mercancías, se ayuda al vecino a reparar el cañizo del tejado, se cambia moneda, se fabrica aguardiente, se muele el maíz, se discute sobre el sentido de la vida, se celebran eucaristías y entierros, se pactan matrimonios...; hay afiliación política, y se dirime sobre la discutida propiedad de cubos o aperos; también he comprado ropa en mercadillos, he visto partidos de fútbol, he asistido a conciertos...

Los refugiados muestran el valor no mensurable de la vida. Que ésta se sostiene en el presente, pero se proyecta imparable hacia el futuro. Los refugiados nos enseñan que la esperanza se construye en el día a día; que se disfruta ya, aunque sepamos que todavía no es su tiempo definitivo. Cualquier sitio es bueno para comer la pascua, pero no puede ser igual que en la tierra prometida. Cada noche, escuchando la bomba con la que las mujeres y niños sacan agua, o el ruido de mis vecinos actuales de habitación, se dan gracias a Dios por el día que ha pasado, y se pide con pasión por el que ha de venir.

> *«El blanco es muy listo. Llegó silenciosa y pacíficamente con su religión. Nos reímos de su estupidez, y le dejamos quedarse. Ahora ha convencido a nuestros hermanos, y nuestro clan ya no puede actuar unido. Ha cortado las cosas que nos mantenían unidos, y nos hemos desmoronado»*
>
> (CHINUA ACHEBE, *Todo se desmorona*).

La paz de Mozambique ha entrado en la historia de la diplomacia por el hecho de ser la primera vez que, en unas negociaciones internacionales de paz, uno de los mediadores no representaba a un Estado sino a un grupo privado. Hay siempre países mediadores entre las partes involucradas. En este caso fueron Italia y los Estados Unidos; y, por supuesto los representes, de la RENAMO y del FRELIMO, los dos contendientes. Pero la Comunidad Cristiana de San Egidio participó como un miembro más en las negociaciones, sin duda en reconocimiento a sus labores anteriores de mediación en la resolución del conflicto. Dentro de lo dramático de un conflicto bélico que duró más de quince años, al menos la guerra en Mozambique ha podido distinguirse por haber dado una gran oportunidad a la paz contando con todas las ayudas posibles.

Los refugiados son producidos por conflictos que se deciden en lugares remotos y que se desarrollan en sus aldeas, en sus cultivos, en sus caminos. Secuestran a los hijos para convertirlos en soldados, a las hijas para que carguen la munición y cocinen para los soldados. Sufren las consecuencias de decisiones geopolíticas que se toman muy lejos de ellos. Como todos los pobres de este mundo, son víctimas de sistemas inhumanos que convierten a las personas en medios para lograr fines económicos o de dominación política.

La globalización económica ha ido reemplazando el concepto de «explotación» por el de «exclusión». El sistema económico actual no necesitaría ya los recursos que puedan aportar los países menos desa-

rrollados (si lo hace, sería en una proporción pequeña). El desarrollo contemporáneo es intensivo en capital y tecnología, no en materias primas. La perspectiva de un mundo rico perverso que esquilma a los más pobres se va sustituyendo por la visión de un mundo que (¿sin quererlo?) deja fuera del circuito económico a millones de seres humanos. Estaríamos ante una desafortunada exclusión que requiere ajustes para la integración. Pero ya no se trataría de reivindicar lo expoliado, sino de favorecer el acceso al caudal de riqueza que es el mercado.

Los refugiados, esa complicación añadida, nos recuerdan que la exclusión no es un fenómeno accidental, ni siquiera un daño colateral, sino el resultado directo de un sistema político-económico profundamente egoísta, que antepone sus intereses a cualquier otra consideración. La protección que la sociedad internacional concede a los refugiados convierte sus campamentos en grandes santuarios que nos recuerdan a todas las víctimas inocentes sacrificadas por intereses económicos y geoestratégicos. Las víctimas de las guerras resultan casi invisibles, porque quedan ocultas dentro de los conflictos. A lo sumo, se dan cifras, porque obviamente la información es muy difícil de obtener. Sin embargo, los refugiados están allí días, meses, años... Su presencia recuerda a quienes no pudieron huir y sucumbieron en el camino, así como a quienes todavía están atrapados en medio de los combates. Su presencia recuerda también que el conflicto permanece, que la guerra está encendida, que las espadas siguen en alto. Su presencia nos recuerda, especialmente, que están allí porque alguien ha provocado la violencia, alguien ha generado los «fundados temores», movido por intereses económicos, por aumentar la influencia en determinadas regiones, o buscando desestabilizar gobiernos.

Por eso, el trabajo con refugiados está cargado de enormes implicaciones políticas. Lejos de una intervención social «aséptica», el compromiso con los refugiados supone asumir lecturas políticas. La sola presencia ya es una opción política; colaborar a un lado o a otro de la frontera significa dar algún grado de reconocimiento a uno de los bandos contendientes. Y aunque no sea la intención primera de las organizaciones de ayuda, es evidente que esto es así. La ayuda humanitaria se practica en un equilibrio de agencias internacionales, organizaciones no gubernamentales también internacionales, las autoridades del país de acogida, los grupos guerrilleros o políticos dominantes en los campos de refugiados, y el gobierno del país del que se huye. Todos hemos experimentado en algún momento la sensación de ser moneda de cambio en ese entramado de intereses.

Leído de otra manera, el trabajo con refugiados nos hace más evidentes las dimensiones políticas de la solidaridad. Algo que puede quedar más difuminado en el servicio a los excluidos de nuestra sociedad desarrollada, donde la intervención social desde una perspectiva más técnica puede parecer que es ajena a las implicaciones políticas. Sin embargo, no es así. La acción por la justicia está siempre cargada de contenido político; olvidar esta dimensión reduce el horizonte de nuestra acción y limita las posibilidades reales de devolver la dignidad arrebatada.

«Se mais mundo houvera, lá chegara»

(CAMOENS, *Os Luisadas,* VII,14).

La misión de Lifidzi está en Angonia, una zona preciosa, con un clima suave y enormes extensiones de onduladas colinas, ideales para la agricultura. Los jesuitas se habían instalado allí a finales del siglo XIX, con interrupciones debidas a situaciones políticas de la metrópoli; pero a partir de 1940 su presencia fue notable. Lugares como Fonte Boa, Domue, Mpenha y Vila Ulongue evocan un periodo misional notable: el ímpetu de hombres y mujeres movidos por un deseo irrefrenable de transmitir la fe. La independencia, y la guerra posterior convirtieron estos lugares en ruinas.

La misión de Lifidzi es espectacular. Apartada en el campo, está construida formando una enorme plaza en la que se encuentran el dispensario y la maternidad, los edificios de los internados, el edificio de la escuela, los talleres de mecánica y madera, la casa de los «padres». En conjunto, un complejo enorme que albergó a centenares de estudiantes, chicos y chicas, en un modelo misional hoy cuestionado, pero que, situado en su contexto, suponía una oportunidad potentísima, casi exclusiva, de integración para los jóvenes africanos. No es de extrañar que buena parte de los cuadros gubernamentales en el momento de la independencia proviniesen de escuelas misionales como ésta.

En medio de la plaza de la misión está la iglesia: una nave enorme de la que habían robado casi la mitad de las chapas del tejado. El robo tenía su mérito, porque la altura era considerable, y seguro que no emplearon andamios. Por supuesto, no quedaban puertas ni ventanas ni imágenes o altares; sí las solas paredes y la mitad del tejado. Desde 1993 se había iniciado el retorno de los refugiados a Mozambique, fruto de los acuerdos de paz del 92; primero tímidamente, luego con más rapidez. La pascua del año 1994 marcaba el final del retorno en esa zona. El pueblo había regresado para preparar los campos para sembrar,

y la celebración de la pascua en Lifidzi marcaba el reinicio de la vida ordinaria en casa. Desde muy pronto, todavía de madrugada, la gente se había puesto en marcha desde aldeas lejanas, y se notaba en el ambiente una gran expectación. A medida que nos acercábamos a Lifidzi, había más gente por el camino, familias enteras caminando. Ahora caminando en peregrinación, no en éxodo.

La celebración fue impresionante: varios miles de personas; la iglesia llena, desbordada. Los coros se emplearon a fondo, y las voces sonaban con alegría y fuerza. La ceremonia fue sencilla, en chewa y portugués. El ambiente era muy emocionante, se percibía la alegría del retorno, el dolor acumulado; es una combinación difícil de explicar. Llegó el momento de la comunión, «tomad y comed». Repartimos la comunión una docena de personas; parecían no tener fin las colas de hombres y mujeres, todos de pie, tomando en sus manos el pan. Todos habían participado antes en distribuciones de comida, habían guardado fila para recibir el saco de harina, una bolsita de alubias y una botella de aceite. Ahora estaban de pie, radiantes, con sus manos estrenadas de nuevo en la azada, con la dignidad recuperada y la fe ensanchada al poder rezar de nuevo en su patria, en la tierra de sus antepasados. Aquella mañana comulgamos con el cuerpo de Cristo, también comulgamos con los santos, los catequistas asesinados, los mártires de la persecución por causa de la fe, los PP. João de Deus Gonçalves Kametdza y Silvio Alves Moreira, secuestrados y asesinados cerca de la misión; comulgamos también con todos los que no habían regresado y habían sido enterrados al otro lado de la frontera, lejos de casa. Todos estaban allí aquella mañana, resucitados en la nueva vida que el pueblo comenzaba.

La fe se ve probada en la diáspora, cuando surge la tentación de adorar a otros dioses, de desconfiar de Dios. Es un tiempo de prueba, de fidelidad al evangelio, de confianza en la presencia del Espíritu en medio de la adversidad. La fe también ayuda a soportar el destierro, a alimentar la esperanza del regreso, a sostener la vida cotidiana. Las comunidades cristianas sufren mucho, son tiempos difíciles para la Iglesia. Hay actuaciones muy negativas por parte de algunos de sus miembros, acciones que hay que rechazar y condenar con decisión: algunos cristianos se ven a veces implicados en hechos violentos o en abusos. Pero lo que destaca de una iglesia refugiada es que crece en misericordia, que las bienaventuranzas se hacen verdad en los que lloran, los que esperan y los que buscan la paz.

¿Y cuando no somos perseguidos? Igualmente estamos llamados a descubrir que la fe en Jesús sostiene nuestro caminar. Aprender a leer

más allá de lo inmediato, a dar una oportunidad a que la vida de Dios penetre en nuestra historia y a reconocer su fuerza para transformarla, para iluminarla. Volver a situar nuestra fe probada en el terreno de la acción del Espíritu de Jesús resucitado.

> *«El Servicio Jesuita a Refugiados (JRS) es una organización cuya misión consiste en acompañar, servir y defender los derechos de los refugiados y de las personas obligadas a desplazarse»*
>
> (*Carta del JRS:*
> «Fui extranjero y me acogisteis» [Mt 25,35]).

Uno siempre espera que las grandes causas estén cargadas de gran parafernalia. Y más si se contempla un drama de nuestro mundo como el de los refugiados, que ha afectado a cientos de millones de personas por todo el mundo en los cinco continentes (todo comenzó en Europa, en la sabia y orgullosa Europa), que ha movilizado importantes cantidades de recursos, que ha motivado la creación de un organismo entero en Naciones Unidas, con su Alto Comisionado, funcionarios, etc. De una situación de esta envergadura, uno esperaría una solemne declaración, uno o dos comités, varias asambleas, un congreso incluso, y mucho papel, y no menos discursos.

El mensaje del P. Arrupe con la primera petición de ayuda para los refugiados tiene unos pocos párrafos. Uno de ellos, dedicado a reconocer que los jesuitas tienen tanto trabajo que comprende que su petición va a ser difícil de asumir; pero pide a todos que se haga un esfuerzo para buscar «algún medio» para ayudarles.

Siempre he sentido una especial ¿devoción? por esa carta del P. Arrupe. Me parece ver en ella una profunda conexión con eso tan difuso pero tan intuible como es el «modo nuestro de proceder». Ante tan ingente tarea no son necesarias muchas palabras, sino toda la disposición del corazón. La de cada uno de los jesuitas y la de toda la Compañía. Una breve carta del General basta para suscitar en toda la Compañía de Jesús la inquietud por lo que se ha convertido en una de las mayores crisis humanitarias de nuestro tiempo. Las respuestas fueron diversas, pequeñas proporcionalmente a la magnitud del problema y a la capacidad institucional de la Compañía, pero eficaces, comprometidas y rápidas.

¿No es sorprendente que, cuando se está en un claro descenso numérico, con un envejecimiento fortísimo de la congregación, cuando el

pensamiento permanente de asambleas, encuentros o consultas se orienta a la reducción, a la adaptación de nuestras fuerzas, surge un dedo que señala al dolor y somos capaces de no enfrascarnos en las intenciones del profeta, sino de ceñirnos la toalla y ponernos a servir? Acompañar y servir.

El JRS ha sido una bendición para la Compañía de Jesús. Dios quiera que también haya sido un bien para los refugiados. Ojalá haya sido también un bien para las decenas de laicos, religiosas y religiosos con los que hemos colaborado. Pero ha sido una bendición para la misma Compañía. Nos ha devuelto el frescor de esa Compañía ágil, dedicada a discurrir por este mundo, capaz de adaptarse a nuevas situaciones, multicultural, en servicio directo a los pobres, claramente evangelizadora, testimonio de un modo integral de las misiones *ad gentes.*

Comparado con tiempos pasados, el trabajo en el JRS aparece como «no competitivo» con otros compromisos apostólicos de la Compañía de Jesús. No se trata de abandonar colegios u otras instituciones; al contrario, desde el JRS –y está ya en la inspiración de Arrupe–, este servicio necesita a toda la retaguardia de la Compañía y de la Iglesia. Cualquier distribución de alimentos, cualquier medicina que se reparta o cualquier celebración de la palabra en un campo de refugiados, en la frontera, necesita también del apoyo de los fondos que se recaudan, de la presión política que se pueda ejercer, de la presencia en los medios de comunicación en lugares muy distantes, pero cuya acción puede ser decisiva. No se puede perder ningún esfuerzo.

Generalmente el compromiso en el JRS es temporal: la mayor parte de los jesuitas que hemos colaborado (igualmente los laicos y otros religiosos) lo hacemos por un tiempo determinado. Son pocos los que están asignados de un modo permanente. Esta situación se explica por la propia precariedad que se propuso en su nacimiento; y aunque pueda ser una debilidad para su organización, al padecer una alta rotación, lo cual supone perder experiencia periódicamente, ha supuesto una oportunidad enorme, pues ha permitido que seamos muchos los que hayamos pasado por este Servicio.

El paso por el JRS renueva la vocación a la Compañía de Jesús, hace que la aprecies profundamente. Descubres sus debilidades y las tuyas propias, que son las que más te afectan; pero se engrandece el reconocimiento institucional, pues descubres que, pese a la crítica simplona del que vive únicamente centrado en su trabajo, la Compañía es capaz de reaccionar con agilidad sorprendente para un cuerpo tan grande y pesado. Es capaz de sacudirse muchísimas inercias y volverse ha-

cia quien necesita el pan y la palabra. Querría decirlo con mucha humildad y sabiendo que es una confesión consciente de muchas debilidades, errores e incompetencias, pero la colaboración en el JRS te hace sentirte orgulloso de ser jesuita. Y, en los tiempos que corren, la satisfacción por la pertenencia a una congregación religiosa es un bien tan escaso que provoca aún más gratitud.

Disculpad mi celo jesuítico; estoy seguro de que algo parecido sienten las religiosas, religiosos y seglares que colaboran en estas tareas. Desde sus inicios, el JRS ha entendido su misión compartida con otros religiosos y seglares. Y lo hace con una facilidad extraordinaria; es tan urgente la tarea que muchas de nuestras disquisiciones sobre la «colaboración con los laicos» suenan casi ridículas. Compartimos la tarea y queremos responder juntos a la misma convocación. El Señor y los refugiados nos han unido. Y, efectivamente, se produce en todos una enorme satisfacción por el compromiso adquirido.

¿Vanidad? No os preocupéis, por ahora, de «vanas glorias», falsos orgullos, satisfacciones autorrealizadoras, etc.; ya vendrán los discernimientos, las evaluaciones, los análisis, las purgas, las críticas y la realidad. Sobre todo, la realidad, que es implacable, que no hace concesiones y no se deja manipular. En situaciones de refugio intervienen tantas fuerzas destructivas y tan pocas constructivas...; de hecho, las fuerzas constructivas son prácticamente de resistencia, que la realidad tiene una fuerza enorme para imponerse. Sin duda es inmerecido, pero apropiarse de la satisfacción de que la Iglesia y la Compañía estén allí, es un inmenso don.

¿Quién va a reparar el sendero?

Para los que trabajamos en el JRS en Malawi, con refugiados de Mozambique, esta frase está cargada de recuerdos. La madre del P. Cirilo, el superior de los jesuitas en Mozambique en ese momento, vivía también en un campo de refugiados. Ella había tenido que huir de su aldea. Uno de nuestros compañeros fue a visitarla y le preguntó qué le parecía la posibilidad de la repatriación, que era ya inminente. La mujer le dijo que bien, que muy bien, pero que ¿quién iba a reparar el sendero que unía su casita con la de la vecina?

Toda la sofisticada geopolítica se estrella ante el realismo de esta mujer. Al final, eso es la paz: poder acercarme a casa de mi vecina sin temor. Bienaventurados los que reconstruyen los senderos.

ST 93 (2005) 393-404

Ni refugiados, ni encastillados.
Llamados a ser Nómadas del Espíritu

Patxi ÁLVAREZ DE LOS MOZOS, SJ*

«Mi padre era un arameo errante...»
(Dt 26,5).

La valentía de las personas refugiadas sobrecoge: arrastran una historia de dolor y angustia; muchas conocen de cerca la coacción y la violencia; bastantes han soportado la pérdida de familiares y amigos... Desearían regresar a sus hogares, a la tierra que les vio nacer y en la que jugaron a la sombra de sus padres y hermanos. En muchas ocasiones intuyen que nunca podrán volver a su patria, e incluso llegan a abandonar ese sueño o a acariciarlo sólo furtivamente. Pasan años hasta que un buen número de heridas cicatrizan en el alma; otras no lo harán nunca: supuran cada cierto tiempo, basta un pequeño detalle para que los fantasmas interiores se despierten en sus sepulcros y traigan consigo, una vez más, la agonía y la amenaza. Llevarán de por vida esas marcas, que se reflejan en su semblante, en su andar, en sus decisiones. Una persona refugiada tiene que realizar un doble éxodo: uno exterior, hacia otro país, donde será un extranjero, muchas veces un despreciado; otro interior, para alcanzar un horizonte de reconciliación con su pasado. Ambos viajes están repletos de escollos, nunca totalmente superables. A veces, sólo siguientes generaciones lo consiguen. Por ello, cuando un refugiado sonríe confiado, su rostro iluminado estremece: en un mismo instante brillan el sufrimiento y la esperanza, tanto más auténtica y misteriosa ésta cuanto mayores han sido las des-

* Trabaja en Bilbao, en la ONG «Alboan». Durante dos años, convivió y trabajó junto a antiguos refugiados camboyanos que, después de años en los campos de la frontera tailandesa, habían regresado a su tierra.

gracias. En lenguaje cristiano, diríamos que un refugiado erguido es un sacramento del Resucitado[1].

Tal vez por este motivo, cuando una persona creyente mira y se deja mirar en los ojos de un refugiado, escucha y llora su historia y desea junto a él otro mundo y otro futuro; su fe se transfigura y ahonda. Una vez más, el hermano al borde del camino nos hace suspirar por otra vida.

En este artículo dedicaremos un primer apartado a observar algunos aspectos de nuestro mundo a través de los ojos de los refugiados. En un segundo epígrafe revisaremos cómo la comunidad cristiana está llamada a superar esas fronteras humanas cuestionadas por la existencia de refugiados. Y terminaremos recogiendo algunos aspectos que hemos de cuidar los cristianos si deseamos vivir como peregrinos y hermanos y hermanas de tantos refugiados del mundo.

El mundo bajo la mirada del refugiado

Un mundo dividido

Hace 25 años nacía el *Servicio Jesuita a Refugiados* con motivo de la crisis de refugiados del sudeste asiático. La frontera de fuego entre el mundo capitalista y el comunista se cobraba nuevas víctimas inocentes: gentes que huían de la miseria, de la guerra y de la persecución. Lo mismo sucedía en Centroamérica y en bastantes países de África, con ocasión de revoluciones comunistas contra regímenes dictatoriales en su mayoría. Poco después, en 1989, caía el muro de Berlín. Muchas naciones se liberaron del yugo soviético. La aventura marxista quedaba agotada tras menos de un siglo. Aun con la nostalgia de algunos, parecía que dejábamos atrás un mundo dividido y estrenábamos otro, una verdadera aldea global en la que estábamos condenados a relacionarnos pacíficamente unos con otros, sin el recurso a «missiles» y bombas atómicas. Esa ficción pervive entre los occidentales, que podemos viajar a casi cualquier punto del planeta sólo con mostrar confiados nuestro pasaporte.

1. El *Servicio Jesuita a Refugiados* publicó un breve libro con relatos de mujeres refugiadas de distintos lugares del mundo, donde se recogen sus historias llenas de dolor y de reconstrucción personal. Es de una enorme belleza y pide ser leído de rodillas, pues nos hace pisar terreno sagrado: *Refugiadas,* Libros Libres, Madrid 2002.

Pero, efectivamente, se trataba sólo de un espejismo. Aquel mapa teñido por un manto rojo dejó paso a otro multicolor, escarificado por la etnia, la religión o la cultura. Muy pronto estallaría el drama en los Balcanes, con la cruel selección de casas calcinadas según el origen de sus habitantes. La persecución racial también se cebó en el genocidio ruandés, que se propagó aún más trágicamente a Congo, dejando a su paso un reguero de sangre vertida a golpe de machetazo. Los enfrentamientos religiosos causaban estragos en Sudán, Nigeria, la India... Las reclamaciones nacionales reverdecían en Indonesia, Chechenia, el Kurdistán... El indigenismo como protesta ante el dominio ancestral de pobladores europeos crecía en el conjunto de Latinoamérica. Recientemente, la guerra de Irak nos hacía caer en la cuenta de que el mundo árabe está también dividido entre chiíes y suníes, y no menos entre moderados y fundamentalistas.

En realidad, este mundo se encuentra más insuperablemente fragmentado que antes, pues las diferencias que hoy se aducen para la violencia resultan irreductibles: nadie puede cambiar el color de su piel, su credo, su lengua materna o la comunidad nacional con la que se identifica. Hoy la identidad salva o condena. Desde los años ochenta, el volumen de personas desplazadas no deja de aumentar[2], y hace ya más de una década que el motivo fundamental es identitario. Regresa Babel, si bien la diferencia de lenguas se ha convertido ahora en causa de agresión y violencia.

Cuando una persona refugiada cae en la cuenta de que lo que la excluye y desaloja es su propia identidad personal, su ser, su cultura, sus orígenes..., su sensación de desamparo aumenta. Nunca podrá librarse de las raíces que, a la vez que la constituyen y le permiten ser humana, la estigmatizan y expulsan. Sabe que está obligada a vagar entre extraños, a huir lejos de quien pueda identificarla como distinta. Un mundo atado a la identidad resulta inhóspito y perverso. Quizá no haya modo más cruel de segregación humana que éste, pues no hay forma alguna de abandonar aquello que margina y criminaliza. Y no sólo a esa persona concreta, sino a su familia, sus parientes, su historia, sus amigos, su cultura... Todo su universo de significados está señalado y perseguido.

Tampoco nuestras sociedades occidentales están libres de esta visión del mundo. Son cada vez más los autores que rubrican la imposi-

2. Puede consultarse la página de ACNUR, <http://www.acnur.org>, para conocer las cifras de refugiados y desplazados internos al amparo de Naciones Unidas.

bilidad de un diálogo entre determinadas culturas. Según algunos de ellos, el islam sería radicalmente incompatible con la democracia y los valores occidentales[3]. Por eso, la divisoria entre ambos escenarios geográficos estaría necesariamente marcada por la violencia. Occidente debería procurar que una quinta columna –configurada por los inmigrantes islámicos– no se colara en su interior, sepultando el sueño de una sociedad democrática. De hecho, para tales autores lo que de verdad separa a los seres humanos es la asunción o no de la cosmovisión moderna, una diferencia que posibilita o impide el diálogo entre las civilizaciones.

La mirada atónita del refugiado cuestiona nuestro modo fraccionado de configurar la realidad social. El refugiado experimenta que no tiene sitio, que no hay lugar para él en este mundo repleto de fronteras peligrosas y vejatorias, insalvables si no se apea de su dignidad. Y no lo entiende. Quien se deja mirar por personas refugiadas siente en la piel que enfrente tiene a un hermano, a una hermana, a un tú tan humano como yo. Su angustia despierta nuestra congoja, su vulnerabilidad nos hace temblar. Todos los sentidos nos hablan de nuestra común fraternidad, que es evidente y no hay necesidad de demostrar. Y, sin embargo, las construcciones sociales establecen un abismo insalvable que distancia nuestros destinos.

El refugiado interpela nuestra fe en la fraternidad. No debería haber barreras culturales o identitarias que nos dividan. Los cristianos sabemos desde Pentecostés que hablamos un mismo idioma, comprensible por todos: el del amor que nos ha sido dado. Esto requiere de nuestra parte un esfuerzo por comprender al otro, por valorar sus costumbres, por no cuestionar lo que no entendemos.

Un Norte alambrado

Cuando uno pasea por los barrios residenciales de alguna capital latinoamericana, no es difícil que se encuentre con elevadas tapias rematadas por alambre de espino y vigiladas por agentes de seguridad que portan sus armas de forma ostentosa. Habitualmente, el contraste con los cerros de la ciudad, repletos de pequeñas chabolas donde se hacina

3. Tal es el caso de dos autores ideológicamente tan lejanos como Samuel HUNTINGTON (*El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial,* Paidós, Barcelona 1997) y Giovanni SARTORI (*La sociedad multiétnica: pluralismo, multiculturalismo y extranjeros,* Taurus, Madrid 2001).

la gente, es extremo. Quienes procedemos de algún país europeo pensamos que esa desigualdad resulta insultante. En realidad, se trata de un símbolo de nuestro tiempo. Así es nuestro mundo. Sólo que a nivel planetario las diferencias son más difíciles de percibir, a no ser que uno tenga ocasión de viajar y conocer otras latitudes. Por desgracia, las alambradas y las vallas prosperan hoy con nuestra riqueza. Nuestros países supuestamente desarrollados se han convertido en auténticos fortines de murallas infranqueables. Las fronteras se construyen para perpetuar un *status quo* injustificable.

Este mundo, visto en su conjunto de un solo golpe, produce vergüenza. La sola vergüenza debería llevarnos a redistribuir lo mucho que tenemos entre los desheredados de la tierra, como lo hacemos cuando en una misma mesa no admitimos que unos coman manjares, mientras otros observan hambrientos. En la actualidad, los incluidos reclamamos mayor seguridad y protección, más muros y alambradas. Castigamos así al indigente, al que continuamos explotando mediante un orden internacional deliberadamente injusto que garantice nuestro futuro.

El refugiado sigue observando sin poder creer lo que está viendo. Son masas de gentes las que lo ignoran si permanece fuera, y las que lo quieren expulsar si consigue entrar. La tabla de salvación va semivacía, pero se opone a que nadie más suba a ella. Los incluidos han decidido quedarse solos y utilizan todos los medios a su alcance para permanecer así.

También ahora *los cristianos somos interpelados en nuestros privilegios,* invitados a ser, como Jesús, «uno de tantos»[4], a no sacar provecho de nuestra posición de ventaja. En nuestros oídos resuena la voz del Señor: «¿Dónde está tu hermano?». Se nos convoca a reunir a muchos fuertes que luchen en favor de los débiles y en contra de sus privilegios[5]. Tal vez el miedo nos atenace mientras escuchamos las palabras de Jesús: «Buscad el Reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura» (Mt 6, 33).

---

4. Flp 2,7: todo el himno de Filipenses habla del abajamiento de Jesús y nos invita a dejarnos envolver por ese movimiento de descenso y de servicio.

5. La cita en la que nos inspiramos es la siguiente: «La izquierda debe poner en pie una coalición que apele a la solidaridad del mayor número posible de fuertes con los débiles, en contra de sus propios intereses»: P. GLOTZ, *Manifiesto para la nueva izquierda europea,* Siglo XXI, Madrid 1987, p. 21.

Un Sur asediado

Desde el siglo XIX las empresas occidentales campan a sus anchas por el planeta en busca de recursos minerales, forestales, pesqueros, agrícolas, ganaderos... Llevan más de un siglo depredando los bienes de terceros países, al amparo de las instituciones internacionales y en nombre, irónicamente, de la libertad. Ni gobiernos ni comunidades indígenas ni la frágil armonía de la naturaleza han podido detenerlas. Durante muchos años han vendido sus productos en nuestras sociedades modernas. Hoy colonizan los mercados de todo el mundo. Con su comercio difunden nuevos modos de vida, lenguajes, costumbres... Se jactan de su éxito y sus conocimientos, exhiben su supuesta mayoría de edad sobre civilizaciones a las que consideran adolescentes y mediocres.

Las culturas del Sur están amenazadas en su supervivencia por una civilización occidental que se propaga con todos los medios técnicos a su alcance. Tiene muchos valores, pero también numerosos antivalores. Aún está por demostrar una superioridad moral que muchos cuestionan. Mientras, impone sus puntos de vista, su idioma, su idiosincrasia, sus instituciones, su modo de organización del poder. Son muchas las culturas minoritarias que se sienten asediadas por la erosión de sus modos de vida, por la filtración abusiva de elementos foráneos que las distorsionan, por la intrusión de instituciones al servicio de intereses que les son ajenos.

El refugiado ve cómo un modo de vida, una forma común de relacionarse con la realidad, con la divinidad y con las gentes, se desvanece. No es mera nostalgia. Cuando nuestro suelo cultural se erosiona, con él se desmorona nuestra persona. Es nuestra cultura –aun limitada, pobre, concreta– la que nos permite ser humanos[6]. Nos socializamos en ella. Lo mejor y lo peor de nosotros brotan de ella. Nos proporciona un horizonte interpretador de lo real. Cuando se asedia una cultura, se amenaza a las personas que viven en ella y por ella.

También estamos aquí convocados los cristianos a *defender aquellas fronteras que protegen las culturas de los débiles del mundo,* culturas minoritarias, muchas veces perseguidas en la historia, hoy también menospreciadas y olvidadas. Hay fronteras necesarias que preservan la riqueza de la diversidad.

6. Esta postura está bien argumentada en la actualidad por los comunitaristas y no es contestada por sus opositores. Puede verse R. GARGARELLA, *Las teorías de la justicia después de Rawls,* Paidós, Barcelona 1999, pp. 125ss.

La comunidad cristiana está llamada a romper las fronteras humanas

Contamos con una larga tradición cristiana que nos puede convertir en aliados de refugiados y desplazados. Hagamos un repaso muy breve de ella.

> «(Los cristianos) habitan en su propia patria, pero como forasteros; toman parte en todo como ciudadanos, pero lo soportan todo como extranjeros; toda tierra extraña es patria para ellos, pero están en toda patria como en tierra extraña» (De la *Carta a Diogneto,* siglo II).

El cristianismo nació como una secta en el interior del pueblo judío. Respetaban las leyes mosaicas, iban a la sinagoga a orar, se circuncidaban y no comían alimentos impuros. Si por algo se había caracterizado el judaísmo, había sido por preservar su pureza, la cual les permitía permanecer fieles y cercanos a Yahvé. Por eso no se mezclaban con otros pueblos. La primera comunidad cristiana, compuesta de judíos, así lo hizo.

Pero eso duró poco. En los Hechos de los Apóstoles aparece la narración de la conversión de Cornelio, un pagano en quien Pedro reconoce la presencia del Espíritu (Hch 10,1-34). Desde aquel momento, los cristianos comenzarán a bautizar a quienes el Espíritu mueva a conversión, judíos o gentiles, rompiendo así las barreras de la pureza y recibiendo en su seno a gentes de procedencia muy diversa. Y, finalmente, serán expulsados de la sinagoga (Jn 9,22).

Aquella actitud inclusiva, si bien sorprendió a los inicios, fue rápidamente asumida por los cristianos, pues armonizaba con la práctica de Jesús, que había tocado a gente impura como enfermos y leprosos, se había relacionado con pecadores y prostitutas, había roto el sábado cuando se trataba de sanar a personas, y era capaz de anunciar la buena noticia en Samaría o la Decápolis.

Pronto las primeras comunidades, expulsadas del judaísmo, encontrarán entre los gentiles una tierra fértil donde echar raíces. Pros-peran superando diferencias: ya no se distinguen judío y griego, esclavo y libre, hombre y mujer, pues en Cristo todos son uno (Gal 3,28). Las distinciones sociales se desvanecían en el interior de las comunidades, donde formaban un grupo de hermanos y hermanas en el Señor[7]. En los

7. «[El cristianismo] relativiza las grandes divisiones culturales de su época y tra-

momentos trágicos del final del imperio de Occidente, cuando el orden social se desmoronaba y los desheredados proliferaban, aquellas comunidades cristianas fueron un remanso de acogida y reposo. El cristianismo dotó a los creyentes de un fuerte sentimiento de pertenencia, en un tiempo en que muchos debieron de estar sometidos a un terrible desamparo: los bárbaros urbanizados, los campesinos que llegaban del campo a las ciudades buscando trabajo, los soldados licenciados, los rentistas arruinados... «Para todas estas gentes, el entrar a formar parte de la comunidad cristiana debía de ser el único medio de conservar el respeto hacia sí mismas y dar a la propia vida algún sentido»[8].

Por tal motivo, en aquella sociedad estratificada ellos se sentirán forasteros, extranjeros, tal como lo refleja la Carta a Diogneto. Están en el mundo, pero no son del mundo (Jn 17,11-14), es decir, pertenecen a esta realidad terrena, pero sueñan con otra más propia del Reino. La tierra en la que habitan les resulta extraña. En ese sentido, los cristianos se pueden sentir compañeros de camino del refugiado, nativos en su humanidad, ajenos por su identidad.

Esta incomodidad con el modo de estar estructurada la sociedad en la que viven acompaña a todos los cristianos de la historia en los que la experiencia del Dios de Jesús es genuina. No encuentran descanso en su cultura ni en la organización social, pues Dios quiere otras nuevas. Las sociedades dividen, segregan, separan, privilegian e ignoran. La comunidad cristiana se siente convocada a igualar, hermanar, integrar, acoger y derribar murallas.

Sin embargo, nuestra realidad eclesial es mucho más pobre

Los párrafos anteriores no dejan de describir un sueño que se ha hecho realidad en la historia en contadas ocasiones. Otras muchas veces, la comunidad cristiana ha vuelto a constituirse en una sociedad en la que, como decía Orwell, «hay algunos más iguales que otros».

Sucedió alguna vez que el sueño se truncó por excesiva identificación con un pueblo. La Iglesia siempre ha procurado encarnarse en las

---

ta de superar las barreras y límites sociales en nombre de un Señor que viene a salvar lo que se había perdido, es decir, a los débiles y a los enemigos de Dios»: J.K. RICHES, «"Ni judío ni griego": el reto de la construcción de una comunidad multicultural»: *Concilium* (1995), tomo I, 53-64 [p. 64].

8. E.R. DODDS, *Paganos y cristianos en una época de angustia,* Cristiandad, Madrid 1975, p. 179.

naciones en las que se encontraba, pero, cuando ha perdido la capacidad de contraste con ellas, ha bloqueado por completo su profetismo. Ocurrió también que la aspiración a controlar el brazo político la hizo aliarse con las causas de éste, fueran o no las de Dios. Igualmente, la inculturación en la filosofía griega y latina, con su enfoque analítico y su articulación jurídica, provocó numerosas escisiones y anatematizó posturas distintas, separando y dividiendo. Y también la decisión de que el poder quedara en manos de clérigos célibes ha privado en buena medida a la doctrina cristiana de la sensibilidad femenina, laica y familiar.

Llamados a vivir como nómadas del Espíritu

Quienes queremos tomarnos en serio el seguimiento de Jesús tenemos bastante que aprender de los refugiados. Y, al mismo tiempo, es mucho lo que con nuestra vida podemos hacer para que puedan tenernos por hermanos.

Somos seguidores de aquel maestro galileo que veía cómo los pájaros tienen nidos, y las zorras madrigueras, pero el Hijo del Hombre no tenía dónde reclinar la cabeza (Mt 8,20). Disponía de casa en Cafarnaún (Mc 2,1), pero apenas hizo uso de ella. Vivió discurriendo por los caminos, a la intemperie. Un hombre que, tal como nos dice el Evangelio, se dejó llevar por el Espíritu desde el Bautismo, dócil a su impulso. Sabía que aquella lealtad primera le impedía tener un hogar de descanso; más aún, lo convertía en itinerante. Sentía que el Espíritu lo arrebataba como un viento que nadie sabe de dónde viene ni a dónde va, e invitaba a sus seguidores a ser, como él, nómadas del Espíritu (Jn 3,7).

Para que esta fidelidad al Espíritu se dé, y podamos tener la osadía de dejarnos arrastrar por él, es necesario recorrer un camino interior, que cuenta con algunos hitos:

Dejar atrás todas las seguridades

El Sermón del Monte comienza con aquel provocativo «Dichosos los pobres en el espíritu, porque de ellos es el Reino de los cielos» (Mt 5,3). La actitud interior de pobreza es la puerta de entrada a la vida del Espíritu. Es el desprendimiento lo que permite el movimiento. Desasirse de tantas necesidades como nos atenazan, sacudirse los deseos

que ahogan la libertad y que nos cautivan y esclavizan. Uno sólo es capaz de arriesgar cuando sabe que no tiene nada que perder, cuando no le preocupa el desdoro del buen nombre, ni la pérdida de influencia, ni el abandono, ni el olvido, ni mucho menos la ausencia de propiedades y protecciones.

Con esa pobreza aumenta la libertad y la capacidad de ponerse al servicio de los últimos. Atravesar este vano es una buena noticia para los afligidos, los desposeídos, los que hambrean justicia. Ellos se sienten dichosos. Es una opción que trae vida a quienes más sufren. Al mismo tiempo, nos promete inmejorables compañeros de camino: a los que trabajan por la paz, a los de mirada y corazón limpio, a los que practican el cariño y la misericordia.

La puerta de entrada del seguimiento del Espíritu produce vértigo; una vez traspasada, es causa de alegría: nos permite descubrir los signos del Reino y disfrutar de los mejores amigos; nos invade con un profundo sentimiento de gratitud: nada nos es debido, todo es gracia. No cabe duda que así podemos sentirnos dichosos.

Echar auténticas raíces, cultivar la verdadera identidad

Sostenerse en este estilo de vida supone haber edificado la casa sobre roca (Mt 7,24ss). Sólo se mantiene en pie y persiste si los cimientos están en tierra firme. Al nacer, heredamos muchas identificaciones culturales procedentes de nuestros padres, de la tierra que habitamos, de los acontecimientos históricos de nuestros primeros años, de la socialización escolar... Es el suelo personal sobre el que nos aupamos y construimos nuestra propia biografía. Al ir madurando y haciéndonos adultos, somos nosotros los que hemos de distinguir lo esencial de lo accesorio y elegir entre distintas opciones valiosas. Somos ese cruce de identificaciones heredadas en diálogo dinámico con nuestras propias elecciones.

Quien camina por la vía siempre nueva del seguimiento de Jesús aprende que sólo hay una mirada que evita que nos hundamos cuando sobrevienen las tempestades[9], que sólo damos fruto cuando permanecemos unidos a la vid (Jn 15,4) y que nuestra verdadera identidad está junto a Cristo (Gal 2,20). Él es la roca sobre la que podemos edificar con garantías.

9. Mt 14,24-33: episodio de Jesús caminando sobre las aguas en medio de la tempestad e invitando a Pedro a hacer lo mismo.

En Cristo tenemos nuestro lugar en el mundo, la identidad que relativiza tantas otras que nos separan, la esencia que nos hermana. Ya no distinguimos entre razas, orígenes, ideologías... nos sabemos parte de una única comunidad de pertenencia y destino. Discurrimos como peregrinos entre tierras, gentes y culturas diversas, como si fueran las nuestras. No extrañamos nada.

Reconocer en otras culturas y personas la presencia del Espíritu

A Jesús le sorprendió la fe de aquel centurión que deseaba ver curado a su criado y que no había visto en israelita alguno (Mt 8,5-10). Del mismo modo, los primeros cristianos procedentes del judaísmo se asombraban al descubrir que el Espíritu también se les concedía a los paganos (Hch 10,45). Esta presencia del Espíritu más allá de las fronteras de la propia civilización y cultura, más allá también de nuestra Iglesia, continúa hoy. El viento se mueve libre entre los seres humanos de todo tiempo y de todo lugar, dando a luz una nueva creación.

Sin embargo, nos sigue costando mucho reconocerlo así. Criticamos la nueva cultura en la que vivimos, porque no la entendemos y no nos abrimos a descubrir los valores que laten en ella. Despreciamos a los que profesan otro credo, hablan otra lengua, poseen otro modo de pensar, defienden políticamente otro modo de organizar el mundo. Estamos muy convencidos de estar en posesión de la verdad –por haber sido elegidos por Dios, por nuestra inteligencia, por las lecciones aprendidas, por...–, cuando sólo estamos llamados a ser sus testigos.

El peregrino se deja sorprender, asombrar; descubre con alegría las huellas del amado allá por donde va, por pura familiaridad; empatiza con todo cuanto de bueno posee el mundo, y alaba al Señor en ello, pues sabe que es don y regalo suyo.

Construir familia humana

Con ocasión del episodio de la multiplicación de los panes y los peces (Mc 6,35-44), el Evangelio nos cuenta que una muchedumbre se recostó sobre la hierba en grupos de cien y de cincuenta. Los discípulos iban distribuyendo el alimento bendecido por Jesús. Atardecía. Comieron hasta saciarse, y se recogieron doce cestos llenos, símbolo de que lo allí vivido podía alcanzar a la humanidad entera.

Es una escena preciosa. Uno puede imaginar a los niños correteando divertidos, a la gente hablando de la bondad de Dios, de la genero-

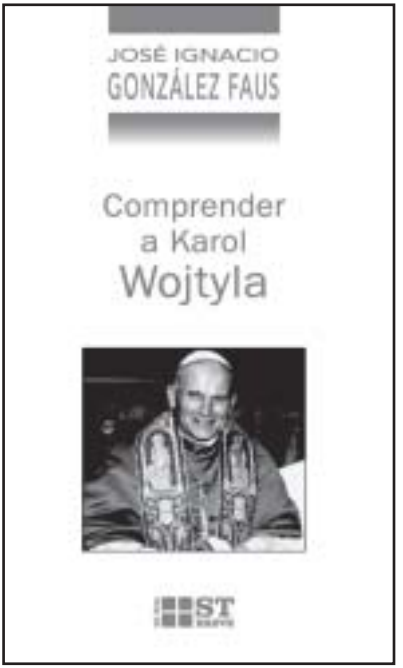
sidad de la vida. El tiempo transcurre lento, mientras el sol desciende tostando el paisaje. Los discípulos quedarían perplejos, descolocados por su mezquindad al haber querido despedir a tantas personas, reconfortados ahora al poder vivir un momento de plenitud. Jesús come tranquilamente, charla con todos y sonríe.

Ser cristiano es, de alguna manera, contribuir a que este pasaje se repita interminablemente en la historia. El mandato «haced vosotros lo mismo» se proyecta sobre este momento eucarístico de ofrenda, bendición de lo compartido y comunión. Crear familia humana: donde nadie es expulsado, donde todos tenemos sitio, donde ponemos en común lo que tenemos y una y otra vez alcanza a todos y hasta sobra.

No cabe duda de que los refugiados y los nómadas del Espíritu guardan algún grado de parentesco. Los refugiados nos enseñan a vivir en actitud de pobreza, de apertura, de búsqueda de verdaderos anclajes, de deseo de alcanzar una tierra de humanidad auténtica. Por nuestra parte, ojalá diéramos siempre muestras de que pueden tenernos por sus aliados y amigos. Unos y otros podemos ser verdaderos compañeros de camino.

ST EDITORIAL
SALTERRAE

Apartado 77 39080 Santander ESPAÑA



NOVEDAD

J.I. GONZÁLEZ FAUS
Comprender a Karol Wojtyla
88 págs.
P.V.P. (IVA incl.): 6,00 €

Hay una serie de factores personales y contextuales que no deberían ser olvidados a la hora de efectuar un acercamiento a Karol Wojtyla que intente, sobre todo, comprender. Una persona no es sólo sus genes, sino también su ambiente, su educación, los ejemplos recibidos y la libertad que trabaja esos factores. Pero lo que en estas páginas se denomina «matriz wojtyliana» puede aportar algunas luces para la comprensión fraterna de Juan Pablo II, objeto muchas veces de los entusiasmos más encendidos y de los rechazos más viscerales.

ST EDITORIAL
SALTERRAE

Apartado 77 39080 Santander ESPAÑA

NOVEDAD

GENNARO MATINO
La ternura de un Dios diferente
272 págs.
P.V.P. (IVA incl.): 14,00 €

«¿Por qué la muerte?». Ésta es la pregunta originaria que sacude todas las conciencias y las hace vulnerables a la vida; una pregunta que se hace más angustiosa y necesitada de respuesta cuando la muerte está a punto de llamar a nuestra puerta o ha visitado nuestra historia. *La ternura de un Dios diferente* afronta el desafío que plantea ese «¿por qué?» y muestra cómo el anuncio de Cristo resucitado puede cambiar nuestra perspectiva, porque es el anuncio de la resurrección de la carne.

ST 93 (2005) 407-410

RINCÓN DE LA SOLIDARIDAD

Invertir en desarrollo.
Un plan práctico para alcanzar los Objetivos de Desarrollo del Milenio

Miguel GONZÁLEZ MARTÍN*

Si en la primera entrega de esta serie de artículos [ST 93 (2005)] comenzamos por un análisis de las virtualidades y limitaciones de los ODM como gran narrativa actual de la Ayuda Oficial al Desarrollo, en esta nueva colaboración hacemos una reseña del informe que quiere marcar el camino a seguir para la consecución de tales metas, publicado a primeros de año.

Se trata del informe titulado *Invertir en desarrollo. Un plan práctico para alcanzar los Objetivos de Desarrollo del Milenio*[1], también conocido como «informe Sachs», por ser este reputado economista el director del «Proyecto del Milenio» de Naciones Unidas, organismo independiente, asesor del Secretario General de la ONU para los ODM y líder del equipo de más de doscientas personas que ha trabajado en el informe. Es difícil abarcar en esta corta reseña todos los aspectos tratados por el estudio, así que ofrecemos una visión general, señalando en primer lugar la intencionalidad de su principal mensaje, y comentando, en segundo lugar, algunas de las recomendaciones concretas.

---

* Coordinador del área de «Acción Política y Redes» en ALBOAN.

1. El informe puede ser consultado en <http://www.unmilleniumproject.org>.

En cuanto al *mensaje central* del informe, podría resumirse de la siguiente manera: a fecha de hoy, muchos países van mal para alcanzar los ODM en la fecha fijada, pero aún estamos a tiempo. En estos diez años que restan hasta 2015 se pueden hacer muchas cosas, y ello exige que la ayuda crezca de manera muy importante. Es un mensaje optimista y que tiene una doble intención. Busca, por un lado, movilizar miles de millones de dólares por parte de los países ricos. Intenta, por otro, sacudir la actitud pesimista y el escepticismo que han cundido entre los donantes en relación con la eficacia de la ayuda en los últimos años.

En tal sentido, Sachs teje una encendida defensa de la eficacia de la ayuda, rebatiendo las tres críticas principales que pesan sobre la misma. En primer lugar, mantiene que la ayuda sirve para impulsar el crecimiento económico, frente a aquellos que la acusan de paralizarlo. En segundo lugar, argumenta que buena parte de los fracasos que se han acumulado en la historia de la cooperación se deben, no a la ayuda en sí, sino a los deficientes instrumentos desplegados hasta la fecha para hacerla efectiva. En tercer lugar, contra la opinión común de que ayudar a gobiernos con instituciones frágiles –o con una «pobre gobernabilidad», como se dice en la jerga– es tirar el dinero, el informe defiende, por un lado, que muchos de los países más pobres están bien gobernados, siendo otras las causas reales de su pobreza; y, por otro, que también se puede invertir parte de la ayuda en avanzar hacia el «buen gobierno» necesario para que la ayuda sea efectiva.

Si hay que resaltar algunos *contenidos* del informe, los más significativos son las diez recomendaciones clave para avanzar. A su vez, se puede decir que la recomendación central consiste en un llamamiento a los países pobres a elaborar sus propias estrategias de desarrollo, basadas en sus necesidades concretas, para alcanzar los ODM en 2015. Estas estrategias de reducción de la pobreza basadas en los ODM, que han de ser elaboradas de forma participativa, son la pista de aterrizaje para la ayuda internacional, que se ha de doblar en los años venideros, recomendando a los países ricos que cumplan con el compromiso de destinar el 0,7% del PIB a la ayuda al desarrollo.

Las recomendaciones también incluyen menciones a la importancia de un «alivio más extenso y generoso de la deuda», ampliando el concepto de «deuda sostenible» para abarcar no sólo determinadas *ratios* entre servicio de la deuda y exportaciones, sino también los recursos necesarios para alcanzar los ODM. Asimismo, se incluye la necesidad de abrir los mercados de los países desarrollados a las exportaciones de los países en desarrollo, y la imperiosa urgencia de coordinar los

esfuerzos de las diferentes agencias de Naciones Unidas y otros organismos internacionales y donantes bilaterales a favor de los ODM. Con respecto a esto último, es reseñable el «tirón de orejas» que el informe da al Fondo Monetario Internacional (FMI) al afirmar que «el diseño de programas del FMI no ha prestado ninguna atención a los ODM al analizar los presupuestos de un país o su marco macroeconómico. En la gran mayoría de programas apoyados por el FMI desde que se adoptaron los ODM, apenas ha habido discusión sobre si tales programas eran consistentes con su consecución».

En términos generales, la acogida del informe ha sido positiva. A ello ha contribuido el nombre de su autor, Jeffrey Sachs, un economista con una sólida reputación en los círculos oficiales y en los medios de comunicación más afines al sistema. Sachs dista mucho de ser un heterodoxo, y su presencia al frente del proyecto se puede entender como una baza de Naciones Unidas para hacer políticamente asumibles sus recomendaciones. Sin embargo, no han faltado las críticas del *establishment,* algunas referidas al tono del informe, otras al fondo. En cuanto a las primeras, se han dirigido a bajar los humos optimistas del informe. Así, el *Washington Post* editorializaba señalando que, «a pesar de su desafortunada y utópica premisa (que se pueden alcanzar los ODM de aquí a diez años), el informe va en la buena dirección». El conocido comentarista liberal Martin Wolf apuntaba desde *Financial Times* que las cantidades de ayuda requerida son muy asumibles por los países ricos, pero que es improbable que se puedan alcanzar los objetivos en una década, por la falta de otro tipo de recursos (entre ellos, incentivos para los gobiernos de los países pobres). En general, desde ese lado de la trinchera se acusa al informe de ser excesivamente ambicioso y pretencioso, de impulsar una especie de planificación central globalizada e incluso de depositar demasiadas esperanzas en los pobres recursos de burócratas globales y administradores ineficaces.

Desde otra perspectiva bien diferente, se podría achacar al informe algunas de las críticas que hacíamos en el primer artículo de esta serie al marco general de los ODM. Es positivo el impulso político que el informe da a la necesidad de doblar la ayuda. Esto encaja con las peticiones de muchas organizaciones sociales agrupadas bajo la «Llamada global a la acción contra la pobreza»[2]. Sin embargo, se nos antojan tí-

2. Ver la campaña en <http://www.whiteband.org>.
Para España, <http://www.pobrezacero.org>.

midas las propuestas para la cancelación de la deuda, así como las aportaciones sobre el comercio internacional, que parecen asumir acríticamente un modelo de desarrollo para los países basado en las exportaciones y en la liberalización. Una notable ausencia, a pesar de los comentarios críticos hacia instituciones como el FMI, es la falta de recomendaciones sobre la necesidad de avanzar hacia una institucionalidad internacional dotada de mayor legitimidad democrática y centrada en el desarrollo humano. La reciente nominación (y posible nombramiento) de Paul Wolfowitz para presidir el Banco Mundial es la última sangrante expresión de tal problemática que queda sin abordar. Hay quien lleva más lejos la crítica al informe, apuntando que este plan es la puesta en práctica de un «colonialismo del bienestar», que hará a los países del Sur aún más dependientes de la ayuda internacional y, por tanto, de los países más ricos.

ALBOAN

Plaza del Funicular, 2
(entreplanta)
48007 Bilbao
Tfno.: 94 415 11 35
www.alboan.org

ST 93 (2005) 411-421

LOS NOMBRES DE DIOS

5. El Dios Goel

Ángel CORDOVILLA*

El nombre, en sentido bíblico, nos revela el ser y la naturaleza de una persona a través de las acciones que realiza y de la misión que le ha sido encomendada. Por el nombre somos llamados y, de esta forma, entramos en relación con los demás, nos hacemos disponibles. Si esto podemos decirlo de los hombres, de forma análoga podemos referirlo a Dios. Él, cuando nos manifiesta su nombre, se está revelando a sí mismo a través de las acciones que realiza en la historia. Y cuando, al revelarnos su nombre, nos lo da para ser invocado, Dios entra en *relación* con nosotros, poniéndose a disposición de quien lo invoca. El nombre de Dios es el testimonio de que Él se ha hecho disponible para nosotros en su revelación en la historia. En el nombre dado para ser invocado, Dios se hace accesible: su nombre es la memoria permanente de su presencia salvífica y benévola. «Cuando Dios se nombra, desde la perspectiva de la fe no revela su naturaleza íntima, sino que se hace nominable, se da a los hombres de manera que se le puede llamar. Y, al actuar así, empieza a coexistir con ellos, se hace accesible, está ahí para ellos»[1].

Entre la pluralidad de nombres que se utilizan en la Sagrada Escritura para nombrar a Dios, es decir, para entrar en relación con él, destaca el título y el nombre de *Goel.* Este nombre vincula claramente

* Sacerdote. Profesor de Teología. Universidad Pontificia Comillas. Madrid.

1. J. RATZINGER, *Introducción al cristianismo,* Salamanca 2001[9], p. 113.

a Dios con la historia de los hombres, al confesarlo y nombrarlo como aquel que interviene poderosamente en la historia (rescate) del pueblo elegido para cambiar de forma radical su situación actual, especialmente frágil y comprometida (esclavitud). Dios es el *Redentor,* quien desde una relación de familiaridad y cercanía con el hombre lo rescata de una situación de esclavitud y opresión, para hacerle nuevamente partícipe del don pleno de su presencia y comunión. El nombre de Dios y la salvación de los hombres son inseparables (cf. Ex 3,13-14).

1. El goel: institución social y familiar con un fundamento teológico (Lev 25)

> «Si tu hermano empobreciera y vendiera su propiedad, su más próximo pariente rescatador vendrá y rescatará la cosa vendida por la familia» (Lev 25,25).

Dentro de las leyes que Yahveh da a su pueblo por medio de Moisés acerca del año sabático y jubilar, se encuentra el derecho de *rescate,* tanto de la tierra como de algún miembro de la familia. El objetivo de estas normas es el restablecimiento liberador de la situación original (*restitutio ad integrum*)[2]. En este contexto se habla del *goel.* Un término que proviene del lenguaje jurídico familiar y que hace referencia al derecho y la obligación, basada en la solidaridad, que tiene el pariente más cercano de rescatar una propiedad familiar perdida o a una persona que ha sido vendida como esclava. *Goel* es el pariente más próximo responsable de los asuntos de familia, cuya tarea consiste en rescatar la propiedad familiar o a la persona (el redentor: Lv 25,25.47); vengar la sangre de un familiar asesinado derramando en la tierra la sangre del homicida, para poder expiarla y purificarla (el vengador: Nm 35,21); casarse con la mujer del hermano que no ha tenido descendencia y vive en una situación de total indefensión, otorgándole así una nueva posibilidad de futuro (el levirato: Rut 4). Desde este punto de vista, el *goel* es a la vez el pariente más próximo, el redentor, el defensor de los derechos del grupo, el vengador[3].

2. J.J. Stamm, «g'l: redimir», en E. Jenni – C. Westermann, *Diccionario Teológico Manual del Antiguo Testamento,* Madrid 1978, pp. 549-564.

3. Cf. R. de Vaux, *Instituciones del Antiguo Testamento,* Barcelona 1968, pp. 52-53.

Esta institución no es exclusiva del pueblo de Israel, sino que encuentra formas análogas en otros pueblos, como es el caso de los árabes. La novedad que aporta el pueblo de Israel a esta institución familiar y social se encuentra en la base y el fundamento que la sostiene. Esta institución tiene para él un irrenunciable fundamento teológico: «Yo soy Yahveh, vuestro Dios, que os saqué de Egipto para daros el país de Canaán, a fin de ser vuestro Dios» (Lv 25,38). La intervención histórica de Yahveh sacando y liberando al pueblo de Israel de la casa de la esclavitud, para hacer de él el pueblo de su propiedad, es el fundamento último para justificar el derecho de rescate de la tierra (herencia) y de la familia (bendición). Todo es un don de Dios (liberación, tierra y descendencia), y desde ese don radical y gratuito deben estructurarse las fundamentales relaciones económicas, sociales y familiares de la nueva comunidad nacida de la liberación y de la alianza. Porque todo es propiedad de Dios, nada ni nadie puede ser definitivamente propiedad de nadie.

2. Un nombre aplicado a Dios desde su acción en la historia

> «Yo soy Yahveh, vuestro Dios, que os saqué de Egipto para daros el país de Canaán, a fin de ser vuestro Dios» (Lv 25,38).

Si esta institución familiar y social tiene su fundamento en la acción de Dios en la historia rescatando a su pueblo de la esclavitud (historia), es lógico que Israel terminara explicitando y poniendo de relieve al que ha sido el fundamento, ejemplo y modelo de su comportamiento moral (ética), y así atribuyera este nombre al mismo Dios (teología). Fue el profeta Isaías quien por primera vez vinculó a Yahveh con el nombre de *Goel* (redentor, liberador, rescatador, etc.)[4]. El contexto en el que Isaías realiza este desplazamiento es de sobra conocido: la experiencia de fracaso y humillación del pueblo de Israel en el destierro en Babilonia. En esta situación desesperada, Dios se manifiesta a Israel como aquel que es capaz de intervenir en la historia con una acción tan radical y revolucionaria como fue su intervención en la liberación de Egipto: de esta forma se anuncia un nuevo éxodo (cf. Is 41,17-20).

4. Entre los textos más significativos, Is 41,14; 43,3.11-14; 47,4; 48,17; 49,7.26s; 54,5; 63,9.16. También Jr 50,34; Sal 19,15; Job 19,25; etc.

Pero Israel ha madurado en su comprensión de Dios a través de la experiencia. Yahveh no es sólo el Dios que libera, sino que libera y rescata porque el pueblo le pertenece. Yahveh es su padre y su creador, el que formó y tejió la realidad fundamental del pueblo (63,9; 43,1), y por eso tiene el derecho (y la obligación) de rescatarlo. Yahveh no compra o rescata un bien extraño, sino que recupera lo que le pertenecía desde siempre. Yahveh es redentor porque es creador. Pero la experiencia y el testimonio de Israel van aún más allá. Yahveh no realiza este rescate mostrándose ajeno a la historia particular de este pueblo, sino desde la familiaridad e intimidad con él, desde una *arriesgada solidaridad*[5]. Yahveh es el Dios cercano y solidario que siempre ha estado cerca de su pueblo, incluso en el destierro, respondiendo por él en situaciones de extrema necesidad, cargando con la responsabilidad y el pecado del propio pueblo. Yahveh es redentor siendo solidario. Finalmente, Yahveh es el Santo, que rescata a su pueblo para invitarlo nuevamente a compartir su santidad y hacerlo plenamente el pueblo de su propiedad, para que «pueda vivir junto a él» (Lv 25,35). Yahveh es el redentor siendo el *Santo de Israel.*

De esta forma, Isaías ha interpretado la acción liberadora de Dios (rescate) desde su derecho de pertenencia y propiedad ya desde el origen (creación); desde la forma concreta en que Dios realiza esa salvación (solidaridad hasta el extremo); y desde la llamada y el fin para el que esa acción es realizada (comunión). Cuando Israel nombra a Yahveh como *goel,* no se refiere sólo a la acción redentora o liberadora, sino que también habla de la especial relación que Yahveh tiene con su pueblo, de la querencia y los vínculos familiares que lo *atan* a su historia, vivida entre la fidelidad y el pecado; de la singular vocación que Dios le ha concedido desde la elección gratuita y amorosa; de la forma extraña y sobrecogedora en que ese Dios realiza el rescate, a saber, cargando solidariamente con su pecado y guiándolo personalmente hasta la tierra prometida. Por esta razón, nombrar a Dios como *goel* es confesarlo y reconocerlo como el Dios creador de nuestra vida, redentor en nuestra historia, solidario con los hombres, y que nos invita y nos conduce hacia la comunión en que consiste su santidad y su mismo ser. Cuando nombramos y nos referimos a Dios como *goel,* estamos poniendo en el centro su acción liberadora en la historia; pero es-

5. Cf. W. BRUEGEMANN, *Theology of the Old Testament,* Minneapolis 1997, p. 268.

ta liberación sólo puede ser comprendida en su ultimidad desde la acción creadora que remite al origen (creación), desde su acción solidaria que remite a la forma de su acción (proexistencia-redención), y desde la finalidad con que Dios realiza esta acción que remite al futuro (comunión). Cualquier comprensión de la salvación que no tenga en cuenta este amplio horizonte de la acción de Dios no habrá captado en su radicalidad y novedad la revelación y aclamación de Dios como *goel.*

3. Goel: el Dios creador

> «Así dice Yahveh, tu Creador, ¡oh Jacob!, y quien te ha formado, ¡oh Israel!: No temas, pues yo te he redimido, te he llamado por tu nombre, mío eres» (Is 43,1).

Yahveh tiene derecho a rescatar a su pueblo porque ya *es* suyo. Él, en cuanto *goel,* no compra un bien extraño, sino que recupera lo que le pertenecía desde siempre. Yahveh no es el Dios extraño que, desde una absoluta injerencia, pretende adquirir una realidad que no es suya. Él es el creador y forjador de su pueblo, mediante la elección gratuita en el origen, la presencia permanente desde la que Yahveh lo sostiene y educa, y la soberanía desde la que le guía y conduce. El Dios que los ha liberado y rescatado de la esclavitud es también el Dios que los ha creado, por lo que, en el fondo, nunca han dejado de ser *suyos.*

Desde esta comprensión de la relación entre Yahveh e Israel, el profeta va más allá, atreviéndose a proyectar esta relación en una mirada retrospectiva hacia el origen del mundo (creación) y en una mirada proyectiva hacia el futuro (nueva creación). Israel confiesa y da testimonio de que ese poder creador de Dios no se reduce a sus propios orígenes como pueblo, sino que se extiende a la *creación* de toda la realidad. Dios pone orden en el caos y gobierna esa creación de una forma justa[6]. La afirmación de ese poder de Dios creador es realizada por el pueblo de Israel en un momento en que está experimentando el caos y el riesgo en su propia vida y a su alrededor (Exilio), y necesita ser rescatado de esa situación para volver al orden original, que más bien ya es comprendido como una realidad que se dará en el futuro

6. Hay que tener en cuenta que, en la fe en la creación expresada en el AT, creación y gobierno-providencia de Dios van de la mano (cf. Sal 33,6.9).

(nueva creación)[7]. Esta realidad, realizada en el origen, recordada en el presente y anhelada en el futuro, es hecha presente en la liturgia, donde Yahveh es invocado como el Santo, e Israel puede experimentar la realidad no como caos, sino como un cosmos ordenado y regido por Dios en santidad y justicia[8]. La liturgia y el culto son el espacio nuevo otorgado por Dios a su pueblo, en el que éste puede experimentar su poder creador y su providencia justa. Por otro lado, esa presencia y relación permanente de Dios con la creación (gobierno con justicia), que es expresada *sacramentalmente* en el espacio cultual, impone al ser humano unas leyes y normas para relacionarse con y en esa creación. El acontecimiento salvífico y liberador de la esclavitud de Babilonia y de la secreta idolatría va a ser experimentado por Israel como un hecho tan radical, tan profundo, tan inesperado, tan novedoso, que va entenderlo no sólo como un *nuevo éxodo* (más admirable que el anterior), sino como una *nueva creación.* El rescate que Yahveh realiza no es sólo para devolver a una situación anterior, pasada, sino a una situación que desborda por gracia y novedad toda situación anteriormente conocida, haciendo nuevas todas las cosas.

El Nuevo Testamento y la comunidad cristiana atribuyeron el título de *Goel* a Jesucristo, ya que en él pudo experimentar y reconocer al Dios que rescata del pecado a la humanidad para trasladarla al Reino del Hijo de su amor (Col 1,13-14). Igualmente se le asigna la función creadora como origen y fundamento, mediación y modelo, destino y futuro último de la realidad creada (Col 1,15-20). De esta forma, la relación entre el Dios creador y el Dios *goel* queda iluminada y consumada desde una perspectiva cristológica. Una dimensión que puede profundizarse en dos direcciones. La primera, reconociendo que ese Cristo que nos ha rescatado del poder del pecado y de la muerte es el Cristo primogénito de toda la creación, por quien, en quien y para quien fue hecho todo. La salvación de Dios acontece en esta creación,

7. La teología de la creación del AT, en su estadio más elaborado y desarrollado, tiene como trasfondo la experiencia del *Exilio,* símbolo de una vida vivida en el riesgo y amenazada por el desorden. Cf. W. BRUEGEMANN, *Theology of the Old Testament,* Minneapolis 1997, p. 149: «En el Antiguo Testamento, la fe en la creación recibe su plena articulación en el Isaías del Exilio».

8. Cf. B. JANOWSKY, «Tempel und Schöpfung. Schöpfungstheologische Aspekte der priesterschriftlichen Heiligtumskonzeption»: *Jahrbuch für biblische Theologie* 5, pp. 37-69.

que ya fue constituida desde el origen con esta finalidad y perspectiva. Dios ha querido comunicarse y darse fuera de su ámbito divino. Para eso ha realizado la creación como la destinataria y la gramática de su comunicación gratuita. La salvación realizada en Cristo acontece desde dentro de la propia realidad creada, en una creación que nunca ha dejado de ser y estar bajo el sustento y el fundamento del Primogénito, quien, con sus brazos extendidos en forma de cruz, sostiene la creación entera para llevarla a su consumación. Creación y salvación, sin ser realidades idénticas, son inseparables. Y en segundo lugar, siguiendo el axioma de la patrística clásica según el cual «lo que no es asumido no puede ser salvado»[9], tenemos que subrayar que Dios rescata al hombre en su Hijo haciéndose carne y asumiendo nuestra misma realidad creada. La salvación del hombre no acontece desde fuera por medio de un decreto o una actuación moral, sino por la participación y asunción por Dios de nuestra naturaleza y nuestro destino. La salvación no acontece desde fuera, ni por medio del ejemplo, ni mediante una simple ilustración ni en virtud de un decreto jurídico, sino por lo que los Padres denominaron *comunicación de idiomas,* es decir, por el intercambio y la participación de lo propio de Dios por parte del hombre, y de lo propio del hombre por parte de Dios[10]. Nada más ajeno al cristianismo que su reconversión en un moralismo, un mesianismo prometeico o un pelagianismo larvado. El cristianismo es el fruto de la *kénosis* de Cristo en la existencia humana, expresando la condescendencia de Dios al hombre y la participación del hombre en el ser de Dios por medio del don del Espíritu[11].

9. «Quod non est assumptum non est sanatum» (GREGORIO NACIANCENO, *Epist.* 101, 7, 32).

10. Los textos de los Padres son innumerables. Cf. H.E. TURNER, *Jesús le sauveur. Essai sur la doctrine patristique de la Rédemption,* Paris 1965, pp. 149-157. Un testigo de esta teología es Juan de la Cruz, con su bello poema sobre la Encarnación en el *Romance sobre el evangelio «In principio erat Verbum» acerca de la Santísima Trinidad:* «Los hombres decían cantares, / los ángeles melodía, / festejando el desposorio / que entre tales dos había; / pero Dios en el pesebre allí lloraba y gemía, / que eran joyas que la esposa / al desposorio traía; / y la madre estaba en pasmo / de que tal trueque veía: / el llanto de el hombre en Dios / y en el hombre la alegría, / lo cual de el uno y del otro / tan ajeno ser solía».

11. Cf. O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *Cristología,* Madrid 2000, pp. 544-546.

4. Goel: el Dios solidario

> «Tú eres nuestro padre, tu nombre es el que nos rescata desde siempre» (Is 63,16).

El fundamento de la acción liberadora del *Goel* lo constituyen la propiedad y la solidaridad familiar. Si aplicamos a Dios el nombre de *goel,* estamos diciendo que el fundamento de su acción redentora es su relación con la criatura desde el origen (propiedad) y su solidaridad con ella. Por esta razón, sólo puede salvar y rescatar el Dios que es creador (y no un Dios ajeno y extraño a su criatura: Marción), un Dios cuyo nombre es «el que está con nosotros» (Yahveh, Emmanuel: Dios con nosotros), un Dios solidario, vinculado a nosotros con lazos de sangre y parentesco familiar (*de* Abrahán, *de* Isaac y *de* Jacob). Evidentemente, estamos en el plano de la metáfora y de la analogía, pues esta relación familiar entre Dios y su pueblo no tiene su base en ninguna generación natural, sino en una relación de alianza, pero no por ello menos íntima y personal. El Dios que se manifiesta a Israel no es sólo el Dios que saca y libera a Israel de la opresión y la esclavitud egipcias. Ni siquiera es el Dios que socorre a Israel en los momentos en que se encuentra en peligro en la travesía del desierto. La gran noticia para Israel es que el Dios cercano y sufriente, el que se compadece de su pueblo, es su liberador, tanto en Egipto como en el Sinaí, cuando Israel cae en la tentación de la idolatría, o en el destierro de Babilonia[12]. Dios se compromete con Israel para sacarlo de la opresión de Egipto y liberarlo de esa opresión más profunda que es la idolatría. Todo ello nos muestra que Yahveh no es un Dios que actúe puntualmente en la vida de Israel, sino que *está* presente permanentemente en la vida de ese pueblo, ya sea a través de su cercanía o de su ausencia (que es una modalidad de su presencia). Yahveh es el Dios solidario que se manifiesta en que él es el Dios compasivo y misericordioso que integra, asume y lleva consigo el pecado de Israel. La solidaridad no consiste sólo en una actitud que se despierta en nosotros ante el sufrimiento del prójimo, sino en una forma de ser que nos lleva a existir enteramente a favor del otro, padeciendo con él y por él su propio pecado, aceptándolo como nuestro. Yahveh salva, pues, experimentando de

12. E. SANZ, *Cercanía del Dios distante. La imagen de Dios en el libro del Éxodo,* Madrid 2002, p. 437.

forma solidaria el pecado de su propio pueblo, cargando con él para, desde dentro, quitarlo y destruirlo[13].

Nuevamente podemos y debemos profundizar en esta dimensión desde una perspectiva cristológica. La solidaridad de Dios la hemos visto hecha persona en Jesucristo. Con la entrega proexistente de su vida por nosotros nos ha rescatado de la esclavitud del pecado y ha vencido definitivamente al poder de la muerte (Mc 10,45). Cristo es el amor de Dios hecho carne y sangre, revelándonos que la solidaridad de Dios llega hasta el extremo de identificarse con los pobres y los pecadores, de hacerse él mismo pecado y maldición por nosotros (2 Co 5,21; Ga 3,13). Cristo cargó sobre sí con nuestro pecado y nuestra culpa, llevando la presencia y cercanía de Dios al lugar que representa la mayor distancia y ruptura (la cruz). Su solidaridad no es sólo el símbolo de un amor eterno e inamovible por parte de Dios hacia su creación, ni la simple expresión del amor preferente por los pobres y los pecadores que Jesús ya practicó y vivió en vida, sino la real asunción de la responsabilidad por parte de Dios, en su Hijo, de haber creado a un hombre libre, capaz de decir «no» a su creador. Es la asunción del pecado de los hombres por aquel que era sin pecado, poniéndose en nuestro lugar y en favor nuestro. Si el Hijo de Dios es el fundamento de posibilidad de la creación del hombre como un ser libre y autónomo (en Cristo), y él es la vocación a la que el hombre está llamado desde el momento mismo de la creación (hacia Cristo), él es también el lugar donde estas dos realidades (libertad del hombre y vocación divina) deben ser sanadas y pueden ser nuevamente unidas de manera suprema e insuperable.

5. Goel: El Dios comunión

> «No temas, gusanillo de Jacob, oruga de Israel: Yo te auxilio –oráculo de Yahveh– y tu redentor es el santo de Israel... Yo soy Yahveh, tu Dios, el Santo de Israel, tu salvador» (Is 41,11; 43,3).

El rescate y liberación que Dios realiza por su pueblo no es la última palabra. Esta acción está ordenada a reestablecer la alianza y la comunión con los hombres. Todas las acciones anteriores, como la creación,

13. *Ibid.,* pp. 392-399.

la redención, la solidaridad y la lucha contra los poderes que esclavizan, no tienen sentido sino para destinar a su criatura a la íntima familiaridad con él: la comunión de vida. Dios es el que nos sostiene y rescata para que podamos vivir junto a él (cf. Lv 25,35). La categoría de rescate, en la que aparece Dios como nuestro salvador, redentor y liberador (*Goel*), no puede ser entendida sólo en su perspectiva negativa, como el rescate y liberación (libertad de) del poder del mal, sino que tenemos que subrayar que esa liberación y rescate es para pasar a ser propiedad de Dios, entrar y participar de su comunión y vida divina (libertad para). Yahveh es el *Goel,* el creador, el Santo de Israel, cuya santidad no quiere retener celosamente para sí, sino que desea compartirla y comunicarla a su pueblo y a todas las criaturas.

Aquí nuevamente tenemos que profundizar en una perspectiva cristológica y trinitaria. El Dios revelado en Cristo como Padre y que se nos ha dado tal cual es en el don del Espíritu, nos ofrece la última y más radical comprensión del Dios *goel* como Dios creador, redentor, solidario y comunión. Si la salvación es Dios mismo comunicándose a su criatura, esta salvación tiene que tener la forma y el contenido de lo que Dios mismo es: *comunión trinitaria.*

La experiencia que la primera comunidad cristiana tiene de Dios y de su salvación es triple. En primer lugar, junto con el pueblo judío, experimenta la presencia y la cercanía del Dios distante (E. Sanz). Es la experiencia del Dios trascendente, ante el que la comunidad cristiana se siente sobrepasada y sobrecogida. Es el Dios Padre, que aparece fundamentalmente como fuente y cumbre de todo el proyecto de salvación (Ef 1,3-14). Es el Dios en su incomprensibilidad y su misterio. Dios sobre nosotros, el *Deus extra nos* (Ef 3,14-16). Pero en segundo lugar, y unida inseparablemente a la anterior, esta comunidad cristiana tiene la experiencia de que ese Dios no permanece sólo como trascendente fuera de la historia de los hombres, sino que se hace presente en medio de ellos introduciéndose en esa historia como el Dios radicalmente solidario. No sólo es el Dios trascendente e incomprensible que desborda todo nuestros deseos y pensamientos, sino que es el Dios que está con nosotros (Emmanuel) y por nosotros (Proexistente) en la vida de su Hijo. Es el *Deus pro nobis.* Por último, este Dios no está sólo sobre nosotros (trascendencia), ni siquiera sólo con y por nosotros (historia), sino que es un Dios que se ha comunicado y entregado a todos nosotros (universalidad) en la intimidad de nuestra conciencia (intimidad), su Santo Espíritu. Es el Dios radicalmente inmanente a nuestro corazón y a nuestra historia. Es el *Deus in nobis,* que desde dentro nos

empuja y sostiene para que alcancemos plenamente la comunión entre todos los hombres entre sí, y de los hombres con Dios.

En este momento, en que Dios nos llama nuevamente a la «aventura de un nuevo Éxodo»[14], tenemos que aprender a invocar a Dios como el *goel,* tal como proponía el Profeta al Israel del exilio, amenazado por una profunda esclavitud: la idolatría[15]. De esta forma podremos abrirnos a la totalidad de la acción de Dios en la historia y a las plenas dimensiones de la salvación cristiana. Hacia la *altura* del misterio del Padre, en su incomprensibilidad y absoluta trascendencia. A esta dimensión le corresponde una salvación comprendida como gracia, como acción gratuita que desborda nuestros deseos, pensamientos e intereses. Hacia la *hondura* de la vida y muerte de Cristo, que nos invita a contemplar una salvación que llega a lo más profundo de nuestra historia, a lo más bajo, allí donde los poderes más radicales (pobreza, esclavitud, pecado, muerte injusta y violenta) amenazan la vida del hombre. La salvación como encarnación, solidaridad y pro-existencia. Por último, hacia la *anchura* que nos aporta el Espíritu, otorgándonos una vida nueva, anticipando en nosotros la plenitud y abriendo nuevos caminos para que esa salvación se haga presente en todos los rincones de la tierra, alcanzando al corazón de cada cultura y de cada individuo, acercándonos así a la comunión plena y definitiva (Reino). La salvación como nueva creación.

14. Cf. M. LEGIDO, *Misericordia entrañable. Historia de la salvación anunciada a los pobres,* Salamanca 1987.

15. Cf. A. GESCHÉ, «Sobre la idolatría siempre posible», en *Dios para pensar. II: Dios – El cosmos,* Salamanca 1997, pp. 139-147.

ST EDITORIAL
SALTERRAE

Apartado 77 39080 Santander ESPAÑA

NOVEDAD

JEAN-FRANÇOIS SIX
Los mediadores
128 págs.
P.V.P. (IVA incl.): 8,00 €

Nunca se había establecido el vínculo entre la aparición de la televisión sobre el planeta tierra y la aparición de los mediadores. Y, sin embargo, la etimología habría debido ponernos sobre esa pista: «medios de comunicación» y «mediadores» tienen la misma raíz: «med-», lo que está en el medio, entre dos. De golpe, al mismo tiempo que la televisión, que introducía un modo de comunicación totalmente distinto, se vio cómo nacían mediadores en un número asombroso y en todos los sectores tanto de la vida privada como de la pública.

ST 93 (2005) 423-430

LOS LIBROS

Recensiones

SANZ GIMÉNEZ-RICO, Enrique, *Un recuerdo que conduce al don. Teología de Dt 1-11,* Universidad Pontificia Comillas – Desclée de Brouwer (BTC 11), Madrid 2004, 222 pp.

El profesor Enrique Sanz Giménez-Rico nos ofrece en este libro una cuidada recopilación de diversos artículos, todos ellos, con la excepción del capítulo 4 y del capítulo o síntesis final, publicados anteriormente en diversos lugares. La recopilación está más que justificada, tanto por lo que supone ahora de facilidad para acceder a estos escritos antes dispersos, como por la gran unidad de tema y de contenido que existe entre ellos. Cada artículo escoge algunos de los primeros capítulos del Deuteronomio y señala las características principales de su teología; una teología que, a medida que avanzamos en la lectura, nos va sorprendiendo por su riqueza y profundidad, por ofrecernos un rostro nuevo del Antiguo Testamento que prepara y anticipa aspectos fundamentales del Nuevo.

En vez de recorrer capítulo a capítulo el libro, ofreciendo un resumen de sus contenidos (cosa que el lector podrá hallar en la clara y sintética introducción de las páginas 9 a 18), quisiera destacar unos pocos elementos que, a mi parecer, resumen algunas de las virtudes y las propuestas de esta obra. Se trata del método de trabajo y de dos temas principales que son abordados a lo largo de todo el libro.

En primer lugar, el método de trabajo. Enrique Sanz sigue de cerca a autores como P. Bovati o J.L. Ska en su acercamiento a la Escritura desde la lectura atenta de sus rasgos literarios y estilísticos, el acercamiento llamado por muchos «retórico». En estas páginas se nos invita continuamente a descubrir la estructura o disposición del texto, a atender al orden de las palabras, a caer en la cuenta de las repeticiones que se van produciendo, a percibir también las omisiones o los cambios. Todos estos indicios son el material con el cual vamos a interpretar y a descubrir lo que el libro del Deuteronomio nos quiere transmitir como palabra inspirada. Por esta razón, *Un recuerdo que conduce al don* es un libro que debe leerse con la Biblia al lado, para leer y releer los textos, para entender y verificar las propuestas que Enrique Sanz nos hace. La lectura debe ser pausada, y será fructífera, pues la Sagrada Escritura habla cuando se la escucha con atención. Es una buena oportunidad para conocer también un método de lectura y de trabajo con la Escritura. El orden del libro sigue el de los capítulos del Deuteronomio, con lo cual estamos casi ante una guía para una lectura continuada de los mismos.

En segundo lugar, el tema de la presencia y ausencia de Dios, o de la cercanía y distancia de Dios a su pueblo, tema que Enrique Sanz investigó en el libro del Éxodo (*Cercanía del Dios distante. Imagen de Dios en el libro del Éxodo,* Publicaciones de la Universidad de Comillas, Madrid 2002). Este filón se demuestra fecundo a lo largo de estas páginas. La paradoja es frecuente en este asunto. Israel no puede subir a la montaña de Dios «porque es precisamente él quien se acerca a su pueblo, bajando a su encuentro» (p. 53). El Dios del que no pueden hacerse imágenes es aquel que se revela en la palabra, mediante la voz (p. 56). La búsqueda de Dios será infructuosa, «ya que es precisamente Dios el que lo va a buscar y el que va a hacer posible que Israel regrese junto a Dios» (p. 60). A la petición de Moisés de ver el rostro y la gloria de Dios, la respuesta es que Dios hará pasar ante Moisés «toda su bondad», y éste sólo podrá verle las espaldas (p. 94), es decir, que «ver a Dios significa seguirlo». Poco después, sin embargo, cuando Dios se propone revelar sin cortapisas su gloria al pueblo (pp. 96-102), la respuesta de éste será buscar un mediador, no para alejarse de Dios, sino para asegurar su independencia y su respuesta libre y obediente a la fe.

En tercer lugar, el tema de la gratuidad de la elección y la salvación o justificación de Israel. Es aquí donde más sugerente y novedosa resulta la lectura de estas páginas. Enrique Sanz avanza después de recoger el testigo de N. Lohfink y G. Braulik, quienes ven en el Deuteronomio hondas raíces de la teología de la justificación del apóstol san Pablo. El «temor de Dios», lejos de expresar un miedo al castigo, es «signo de la orientación de la vida al misterio de Dios» (p.80), misterio en el que se entra atravesando el mar de noche, es decir, que «la vida renace en el momento en que se supera el miedo a la muerte». La salvación consiste en aceptar que no es uno quien se da la salvación (p. 206), ni es el pueblo quien conquistará la tierra y dominará a pueblos más numerosos y fuertes (p. 153), sino el poder de Dios (p. 125). Israel puede sentir la tentación de ocupar el lugar de Dios, y «establecer» una Alianza como la «establece» Dios (p. 156). Su papel debe ser, sin embargo, el de quien «guarda» la Alianza, es decir, de quien acepta el amor gratuito con que Yahveh lo elige (p. 126), y recibe en su interior esta gracia desinteresada (p. 131) que le permitirá cumplir lo mandado por Moisés. Dios no sólo justifica: también transforma; el cumplimiento es respuesta que hace visible que «el don de Yahveh ha sido aceptado, que la transformación por Él operada se ha realizado» (p. 163).

Estos tres puntos son sólo algunos de los muchos elementos que podríamos destacar de estas páginas. Es muy interesante, por ejemplo, la explicación de las páginas del Deuteronomio que hablan del exterminio (*herem*) de los pueblos habitantes de Canaán y de sus dioses. Estas páginas, que para muchos suponen un escándalo porque parecen justificar los nacionalismos extremistas y el racismo, son explicadas con maestría y finura exegética por E. Sanz (capítulo 4).

Nos queda la duda de si, en algunas ocasiones, no estamos ante una lectura excesivamente cristiana de estas páginas del Antiguo Testamen-to, no por introducir elementos que no están en el texto, sino por seleccionar, desde una perspectiva neotestamenta-

ria, los elementos que serán luego puestos en primer plano por Jesús y por Pablo de Tarso. Si esto es así, está hecho, en cualquier caso, con rigor científico y exegético, y está plenamente legitimado por la tradición que ya inauguró Pablo, mostrando que en Cristo se descorre, desaparece y cae el velo que dificulta la comprensión de Moisés y de sus libros.

Francisco Ramírez Fueyo

VIGIL, José María – TOMITA, Luiza E. – BARROS, Marcelo (orgs.), *Por los muchos caminos de Dios. II: Hacia una teología cristiana y latinoamericana del pluralismo religioso,* Comité Oscar Romero de Aragón, 2004, 176 pp.

Después de un primer libro en el que se señalaban los desafíos del pluralismo religioso a la teología de la liberación latinoamericana, en este segundo volumen que reseñamos tratan los autores de proporcionar pistas para comenzar el camino («hacia») de una reflexión sistemática del pluralismo religioso dentro del ámbito de la teología cristiana y dentro de esa geografía espiritual que es Latinoamérica.

Dicho empeño está promovido por la Comisión Teológica Latinoamericana de la Asociación Teólogos/as del Tercer Mundo (ASETT), dentro de un proyecto más amplio de cinco libros en el que los tres por publicar intentarán realizar una inicial «Teología latinoamericana pluralista de la liberación» (no sólo esbozo o camino), una teología pluralista de la liberación intercontinental (no sólo latinoamericana) y una teología de la liberación multirreligiosa mundial del pluralismo religioso (no sólo cristiana).

Este segundo volumen está compuesto por 13 artículos que podemos clasificar en tres bloques. Hay un grupo de artículos introductorios: «Teología de las religiones desde América Latina», de José Comblin; «Diálogo entre la teología de la liberación y la teología de las religiones», de Paul Knitter; y «Macroecumenismo: teología de las religiones latinoamericanas», de José María Vigil. Son artículos lúcidos, densos y muy clarificadores. Otra serie de artículos realizan un análisis teológico más específico y concreto de la problemática desde la cristología, la eclesiología, la mística, la revelación y la Biblia. Unos se quedan más en la superficie, mientras que otros tienen gran hondura. Finalmente, otro conjunto de artículos reflexionan desde la perspectiva de los pueblos indígenas, la perspectiva afroamericana y la perspectiva de género. Estos últimos rebosan frescura y originalidad, a la vez que rigor y fidelidad al misterio divino y a la figura de Cristo, y son prueba del diálogo concreto y creativo que está teniendo lugar en este continente espiritual.

Una cuestión me deja perplejo: la presencia del pluralismo liberal de Hick y Knitter, de forma acrítica, en muchas de las páginas del libro. Los Estados Unidos, patria de Knitter, se han convertido en el país religiosamente más variado de entre todos los del mundo, y en Inglaterra, patria de Hick, son hoy más los musulmanes practicantes que los anglicanos practicantes. Habría que sospechar un poco del contexto social y político desde el que reflexionan muchos pluralistas del Primer Mundo y considerar

seriamente si estas teologías anglosajonas son el camino adecuado para la tierra de Romero, Ellacuría, Sobrino, Boff, Gutiérrez y Casaldáliga. Quizás habría que insistir más en las teologías propias o en las teologías realizadas desde el Tercer Mundo, como la de Pieris, Amaladoss (que está prácticamente ausente del libro) o Panikkar, como se hace en muchas partes del libro. Éste es un debate complejo, pero quizá convendría detenerse en él y no elaborar demasiado prematuramente una teología pluralista con ciertos tics de fondo liberal y moderno que, apelando al *Humanum,* la Vida, la Verdad, el Misterio, la Fe pura, la Liberación, la Realidad, se olvidan prácticamente (y se separan –de forma más kantiana que hegeliana–) de las personas de carne y hueso, de los pobres ropajes de la religión y de los muchos pobres de la tierra que tienen necesidad de pan y religión para vivir, de dioses para su seguridad y equilibrio, de religiones y símbolos para mantener la unidad y la solidaridad entre ellos. No se les puede quitar la religión sin destruirlos (p. 51), en nombre de no se qué palabras abstractas nada pluralistas y nada tolerantes.

El diálogo de la vida, el magisterio de los pobres, el encuentro de los diferentes símbolos y culturas del continente latinoamericano en diferentes contextos concretos, la centralidad del Dios liberador de los oprimidos, las críticas a todo tipo de fundamentalismo exclusivista y todo tipo de adaptación sentimental de la religión que fragmentan la sociedad e impiden el encuentro, la sospecha por las alianzas estratégicas de representantes que suplantan al diálogo verdadero, las críticas a todo tipo de mercado religioso o feria internacional de símbolos para comerciar y mejorar los productos espirituales, la denuncia de un monoteísmo imperialista e inmovilista que ahoga la pluralidad y el encuentro, las ambigüedades de la globalización predominantemente económica que arrasa la diversidad cultural, la denuncia de la simpatía por los dioses «felicidad» y «armonía» de la postmodernidad, la insistencia en no marginar el diálogo con los ateos, la reflexión sobre la idolatría y el uso de la religión por el poder, la defensa desde sus inicios de la elevación de todos los hombres al orden de la salvación, la humanización de la espiritualidad, la primacía de la práctica de la salvación sobre el conocimiento de la salvación... son sólo algunos de los muchos y profundos valores de la teología de la liberación que describe el libro y que ayudan a ir «hacia una teología cristiana latinoamericana del pluralismo religioso». Hay muchas riquezas en ese continente espiritual y en esos pueblos crucificados para construir las «alas» de una teología pluralista sin abandonar sus «raíces» latinoamericanas y cristianas, su historia y su tradición.

Javier de la Torre Díaz

BARTH, K., *Instantes. Textos para la reflexión escogidos por Eberhard Busch,* Sal Terrae, Santander 2005, 142 pp.

Eberhard Busch, asistente de K. Barth y autor de su biografía definitiva, ha querido recoger bajo el título «Instantes» distintos textos de la amplia obra de quien fue su maestro. Con esta selección busca ayudar a reflexionar y meditar. Si tuviésemos que expresar el pensamiento final de Barth, integrando las posturas dialéctica y humanista que adoptó en su

vida, nos podríamos servir de este libro, donde, a través de la lectura de los pasajes seleccionados, podemos hallar una clara afirmación de Dios, del ser humano y de la vida.

Busch extracta pensamientos breves y los dispone por temas, introduciéndolos con títulos atrayentes y una referencia bíblica. Así, nos encontramos con hermosas páginas presentadas como *Ánimo confiado, Una palabra sincera, En camino, Entonces veremos...* A través de ellas seguimos encontrándonos, aunque de otra manera, con la teología de Barth. Teología que lleva el sello de la Escritura y de la centralidad de Cristo, el contacto vivo con los problemas de la Iglesia y la sociedad, su actitud ecuménica y conciliadora. Estas páginas nos permiten acceder a Barth más suavemente, en palabras que se pueden aproximar con facilidad a un público más amplio. Pero, no lo olvidemos, son palabras de Barth, donde igualmente se muestra su conocida teología dialéctica y humanista que le lleva a percibir a Dios como amigo de la humanidad, una humanidad a la que otorga confianza y cuyas realizaciones valora. Por tanto, un Dios absolutamente fiable, en quien se puede depositar toda confianza, garante de la misma existencia humana y de su dignidad. Así lo expresó con estas bellas palabras recogidas en la presente obra: «Toda vida humana está, como tal, rodeada de una solemnidad especial. Requiere que se la valore con admiración siempre nueva. Es cuestión de que cada cual trate su existencia y la de cualquier ser humano con profundo respeto. Un respeto que no se lo gana uno mismo... El nacimiento de Jesucristo da a la vida humana, en todas y cada una de sus formas, el carácter de lo extraordinario, único, irrepetible e insustituible. Determina a propósito de ella que poder existir como ser humano es un bien».

La afirmación máxima de Dios condujo a Barth, aunque con una distancia de cuarenta años, a la suprema afirmación de la persona humana. Y esto es lo que encontramos en *Instantes:* donde se afirma a Dios, seguidamente se afirma al hombre, y con él, la vida, la comunión, el amor al prójimo, la dignidad humana... Un ejemplo de esta doble afirmación, inseparable la una de la otra, nos lo selecciona E. Busch: «Dios no precisa de inhumanidad alguna para ser verdaderamente Dios. Una divinidad en la cual y con la cual no nos acogiera también inmediatamente su humanidad, sería la divinidad falsa de un falso dios... En Jesucristo queda decidido de una vez para siempre que Dios no es sin los seres humanos».

Finalmente, nos parece una obra de interés, quizá más para aquellas personas familiarizadas con el pensamiento del autor. Su condición de ser una selección ofrece la ventaja de hacer un recorrido rápido por muchos de los textos más destacados del autor, pero también quita aristas a aquellas de sus afirmaciones más complejas.

Laura Stegemann

GARCÍA-MINA, Ana, *Psicología y Catequesis,* Editorial CCS, Madrid 2004, 232 pp.

Tengo la costumbre –creo que generalizada entre los lectores– de leer el índice, con sus capítulos, apartados y subdivisiones, en cuanto cae un libro en mis manos. En esta ocasión, nada más hojearlo, me vino rápida-

mente a la memoria la «figura o imagen» del mosaico, al ver la cantidad de aspectos o dimensiones que se ofrecían sobre los niños, preadolescentes-adolescentes y, en menor medida, sobre los jóvenes: lo que pasa dentro de ellos (apartado I); sobre cómo lo estamos haciendo (apartado II); lo que nos preocupa (apartado III); y, por último, claves para comunicarnos (apartado IV). Eran como *flashes* sobre el desarrollo del carácter de estas personas en crecimiento.

Especialmente el apartado I me hizo recordar que el mosaico está «compuesto» por teselas que están como incrustadas, integradas en unidad, en globalidad y totalidad; cada una con su color, su tono, sus dimensiones variadas, pero maravillosamente «colocadas» para formar esa totalidad-unidad que nos sorprende y nos admira. Suponen, por tanto, una invitación a contemplar el complejo mundo de los catecúmenos como unidad y, después, a fijar nuestra atención para mirar detenidamente cada una de dichas partes o facetas.

Comienzo a leer este pequeño libro, y en la página 25 encuentro una interesante reflexión: «nuestra naturaleza es como una piedra preciosa: contiene lo mejor, pero necesita ser contemplado lúcidamente y ser tallada con delicadeza para salir a la luz». De nuevo me «viene» o aparece otra imagen o figura: el caleidoscopio... Ese «aparato» que, con su mecanismo, nos ayuda a ver de una forma especial y detallada aspectos siempre «nuevos» de la misma realidad que es la piedra preciosa.

Esto ha sido traído aquí para animar a todos –a los entendidos, con sus caleidoscopios más sofisticados, y a los más sencillos, que solemos llamar «de base», con sus caleidoscopios más artesanales– para que miren, contemplen y lleguen a admirarse, a sorprenderse, de las teselas, de los tonos distintos de colores de ese mosaico, de esa piedra preciosa que somos todos y que, en nuestra tarea pastoral, nos toca ayudar a que resplandezcan cada día más a través de un esmerado ejercicio de educación, en el sentido más bonito de la pedagogía: sacar de dentro y facilitar que la piedra preciosa aparezca con toda su riqueza maravillosa.

Y esto debemos hacerlo en común, en grupo de educadores que sepan comunicarse sus experiencias, sus problemas personales y los éxitos y fracasos de su tarea pastoral... Quizá sea ésta la razón por la que los apartados II, III y IV están titulados en plural y dando en muchas ocasiones pistas para la reflexión en común; y los «temas» (cómo lo estamos haciendo: un mirarnos y mirar nuestro «actuar»; lo que nos preocupa: ser conscientes de los problemas, riesgos y peligros que se nos presentan; claves para comunicarnos: nuestro talante, nuestras actitudes ante los catequizandos) podrían ser considerados como los más sobresalientes y relevantes que todo educador debe conocer para estar presente en la realidad de la sociedad actual y sobre los que, por tanto, deberá aplicar su pedagogía-metodología. Los títulos son lo suficientemente importantes y sugestivos como para leerlos detenidamente, reflexionarlos y ponerlos en común.

Y después de esta exposición, no me quedaría tranquilo si no me hiciera eco de algunas advertencias que el libro apunta y que considero de especial importancia (aunque algunas ya las haya señalado en los párrafos anteriores):

a) Nuestros niños o jóvenes son una unidad, una globalidad, no aspectos sueltos, deshilachados; las dimensiones tan ricas que nos ofrece la autora, tienen su lugar integradas en esa totalidad, globalidad, unidad. Es un mosaico, una piedra preciosa.
b) Esa totalidad y personalidad se construye, en gran medida, en ambientes familiares, sociales, económicos... Exige de nosotros una apertura y un conocimiento mínimo de ellos.
c) Parece obvio, pero, aun así, lo subrayo: los mosaicos, las piedras preciosas, son maravillosas..., pero no dejan de ser «cosas»..., aun cuando sean creaciones artísticas de un valor incalculable... Los niños y jóvenes son vida, son crecimiento, son desarrollo durante esas etapas y las siguientes... Son «misterio» inagotable, que nos indica que nosotros ponemos a su «disposición» lo que somos, lo que tenemos. Nuestra tarea es facilitar; pero ellos deciden, asumen o rechazan. El respeto más absoluto debe estar presente. La autora recoge alguna de esas actitudes. Hechos a imagen y semejanza de Dios, recreados en el Hijo y nacidos en Él como hijos del Padre, no pueden ser jamás «utilizados, instrumentalizados», pretendiendo un éxito nuestro personal y pastoral... El Padre los ha creado y recreado en el Hijo y los ama por sí mismos; eso nos lo recuerda el Concilio en la Constitución *Gaudium et Spes.*
d) Y en línea con esta última advertencia: «Las semillas que sembramos en nuestro vivir diario, en las reuniones semanales, en los años de catequesis, no tienen un desarrollo tan previsible como la cebada. Como nos expresa Jesús, las semillas del Reino germinan y van creciendo sin que sepamos cómo. Nuestra labor como catequistas fundamentalmente ha de centrarse en sembrar. Cuando con gratuidad sembramos ternura, sensibilidad, amor, justicia, solidaridad... hacemos posible la gloria de Dios, hacemos posible que el ser humano viva. Creer en el Dios de Jesús es creer que Dios ve en lo escondido; que el Reino no es un espejismo; que, sin saber ni cuándo ni cómo, somos árboles capaces de dar sombra, alimento, cobijo» (p. 230). ¿No podemos terminar, después de estas palabras, diciendo que podemos y debemos ser «osados y humildes»?... Osados, porque nuestra fuerza y ánimo nos viene del que nos envía; humildes, porque sembramos, pero el que da el crecimiento es Él.

Celestino Mendieta

LECLERC, E., *El pueblo de Dios en la noche,* Sal Terrae, Santander, 2004, 126 pp.

«Es admirable, una obra maestra. La perfecta sencillez de su escritura (tan rara en nuestros días) denota que su autor es un hombre muy cultivado, muy sabio también, y profundamente espiritual. No se detiene a escribir la "crisis permanente" ni a proponer un remedio para la misma, y eso es lo que tiene de maravilloso. Nos deja a cada uno en nuestra noche, pero

nos lleva a encontrar en ella al Señor. Nada hay menos práctico...» (pp. 9s). Esta significativa valoración es la que el mismo padre De Lubac hace de este libro en una carta a un compañero. Y poco más se podría decir. Sus palabras nos sirven de presentación y apretada síntesis del autor y del contenido último de la obra.

A Éloi Leclerc, franciscano francés, que, entre otras, ha vivido en carne propia las «noches» de Buchenwald y Dachau, lo conocemos suficientemente, sobre todo desde el éxito editorial que supuso (primera edición en francés: 1963) la publicación de *Sabiduría de un pobre* (Ed. Marova) sobre la crisis del santo de Asís. Muchos de sus libros –sobre temas franciscanos y de espiritualidad– están traducidos al castellano.

El título de la obra nos da acertadamente el contenido y su mensaje central, que quiere transmitir introduciendo al lector en la experiencia existencial y espiritual de un Israel que va haciendo un paradójico proceso de fe desde su lamento junto a los canales de Babilonia, en el exilio, hasta el reinado de César Augusto.

La obra se compone, entre la *Introducción* y el *Epílogo,* de quince capítulos que ofrecen un itinerario y la invitación a aprender una forma nueva de conocer y reconocer –a tientas y en la penumbra– la palabra y la promesa divina. Los títulos reflejan los hitos de este camino: *El final de un mundo, La hora más sombría, La llamada profética, Recuerdo tu cariño de joven, Los ríos de Babilonia, Tempestad de vida, Un pueblo nuevo, Tierra prometida, Consolad a mi pueblo, Una profecía suprema, Bajo el reinado de César Augusto...*

Con un estilo literario ágil, sencillo y profundo, la obra se lee con agrado e incluso con recogimiento. La facilidad con que el autor «crea la escena» y nos introduce en ella nos permite no sólo adentrarnos a vivir con Israel la experiencia de «su» noche, sino, más aún y mejor, iluminar desde ahí la propia travesía en medio de nuestras noches. La brevedad de los capítulos y la oportuna intercalación de textos bíblicos ayudan a hacer el recorrido al que, en definitiva, invita Leclerc en estas páginas: atravesar la noche (sin resistencias, sin carrerillas) para, en ella, descubrir una alianza nueva y vivir con esperanza una promesa fiel pero soberana, in-manipulable, incontrolable, libre.

Para concluir, podemos decir ciertamente que nos encontramos ante un libro cuya lectura recomendamos. Al filo de la experiencia bíblica, alimenta la fe y la esperanza y nos despierta a amar. Más allá de las evidencias controlables. Unas palabras del propio autor nos sirven de punto final para este comentario: «Esta fe despojada se abre a los cuatro vientos del Espíritu. Hoy, como en los tiempos del Exilio, el Espíritu no deja de soplar, y lo hace tempestuosamente, precisamente allí donde han caído todos los muros. Y su soplo es un soplo de universalidad que renueva y congrega a seres humanos procedentes de los más lejanos horizontes. Está naciendo un nuevo pueblo de Dios, más allá de todas las líneas divisorias tradicionales» (p. 124). «El invierno continúa en nuestros surcos. Pero en alguna parte, en la mirada de la Iglesia, ha florecido ya una rama de almendro» (p. 125).

Mª Ángeles Gómez-Limón

ST EDITORIAL
SALTERRAE

Apartado 77 39080 Santander ESPAÑA

NOVEDAD

ANSELM GRÜN

La oración de cada día.

**Orar por la mañana
y por la noche
los siete días de la semana**

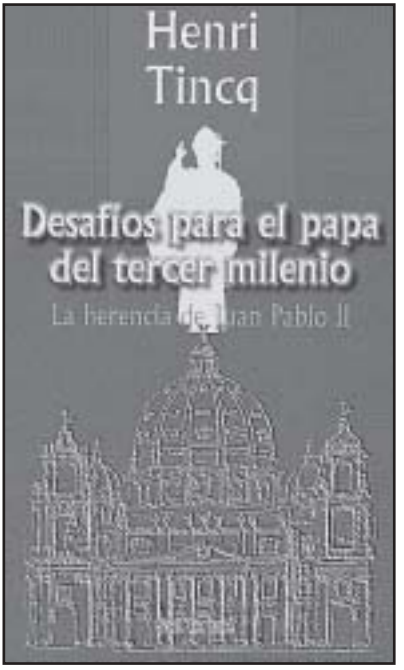
128 págs.

P.V.P. (IVA incl.): 7,00 €

«Me han pedido a menudo que escriba plegarias que puedan ser utilizadas en los momentos de oración personal... Con estas oraciones desearía ayudarte a expresar los pensamientos que tú tienes y para los que muchas veces no encuentras palabras. Mis plegarias pretenden sostener tu oración. Muchas personas me dicen que no saben cómo orar. No están familiarizadas con las plegarias oficiales, y les resulta difícil rezar con sus propias palabras. Por eso en estas oraciones he querido ofrecerte palabras con las que puedas decir a Dios lo que sientes».

ST EDITORIAL
SALTERRAE

Apartado 77 39080 Santander ESPAÑA



HENRI TINCQ

Desafíos para el papa del tercer milenio.

La herencia de Juan Pablo II

216 págs.

P.V.P.: 16,30 €

Alternando la investigación, el relato y el análisis, Henri Tincq, responsable de información religiosa en el diario *Le Monde,* expone los grandes problemas eclesiales que el pontificado de Juan Pablo II ha dejado sin resolver, y que en ocasiones incluso podría afirmarse que se han agudizado, y rechaza la doble tentación de una Iglesia fragmentada y diluida y de una Iglesia autista y aislada, para apelar a un impulso creativo y renovador, en un mundo moderno cada vez más secularizado y en el que se afirma una diversidad cultural irreversible.